



# AGUA

CLAUDIO HERNÁNDEZ

# AGUA

Claudio Hernández

Primera edición eBook: mayo, 2020.

Título: AGUA

- © 2020 Claudio Hernández
- © 2020 Diseño de cubierta: Higinia María

Código Safe Creative: 2005093919022



Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

*Este libro se lo dedico a mi esposa Mary, quien aguanta cada día niñeces como esta. Y espero que nunca deje de hacerlo. Esta vez me he embarcado en otra aventura que empecé en mi niñez y que, con tesón y apoyo, he terminado. Otro sueño hecho realidad. Ella dice que, a veces, brillo... A veces... Yaquí estoy de nuevo... Pero en esta segunda edición existe una persona muy importante para mí, y ella es Sheila, quien ha leído todas mis obras, y en esta ocasión-como en muchas-se ha encargado de corregir todo el manuscrito.. Ya mi padre Ángel, que desde el cielo me está cuidando...*

# AGUA

1

Siempre, en alguna parte, debía brillar el sol; pero en Chamberlate, una amorfa cara opaca parecía sonreír desde lo alto del cielo más negro que el culo de una marmota. La mezquina luz lamía el cementerio, con sus estacas incluidas, y los Fresnos que lo rodeaban en unos bosques realmente frondosos extendían sus copas como refugios a las almas perdidas de su interior, igual que a los cuervos. Sean tenía puesta la gabardina de color beis que le llegaba hasta las punteras de sus zapatos. Estaban tan desgastados que, ahora, empezaban a brillar más que el mezquino destello de la que venía después del astro rey. Un puro humeante como la chimenea de un vapor hacía las delicias en los pulmones de Sean, un anciano retirado que había sido detective, pero qué narices, él pensaba que todavía lo era. ¿Por qué no? Se enjuagó la boca con gran cantidad de saliva y escupió un enorme chorro de espesa mucosa sobre una lápida. La cruz, que parecía un espantapájaros, con los brazos extendidos y laxos sobre una superficie llena de vacío, ignoró tal guarrada.

Y, con todo eso, la cosa no había hecho más empezar para Sean Rickman (apodado y conocido como Coñingan). Apoyando su barbilla poblada de una barba gris, como las cenizas, sobre una de sus manos, concretamente la derecha; clavó la mirada en otra de las tumbas y pensó cómo se encontraría el fiambre allá abajo, es decir, bajo tierra. Se inclinó en creer que simplemente dejaba pasar el tiempo mientras el cuerpo se descomponía en medio de guturales ruidos, gruñidos ignorados y flatulencias repentinas.

Y pensó en él.

El asesino.

Entonces, de repente, el cielo tosió un par de veces haciendo estremecer la tierra bajo sus pies, y, al mismo tiempo, soltó un graznido como un perro cabreado.

La lluvia, una de las más intensas de aquel jodido otoño del 99, en Chamberlate, había retomado de nuevo su proyecto para repiquetear el suelo y todo lo que había sobre él, con sus grandes gotas, al ritmo de decenas de pájaros carpinteros.

Sean Rickman levantó ahora la mirada hacia el cielo y dijo:

—Mierda.

Sabía por qué.

Locos los hay en todas partes del mundo, pero como David Harring no lo había. Sus ojos oscuros parecían proyectar una luz disciplinariamente roja, pero era frialdad lo que arrojaban, como destellos oscuros, sí, era eso. Una mirada profunda. Traumatizada y perturbadora. Inquietando incluso para las miradas perdidas o aviesas de aquellos que estaba encerrados en un psiquiátrico. Su camisa de fuerza era ella: Melissa Harring, de soltera Aarons. Y para nada hacían pensar que era del estado de Maine: ni por sus nombres, ni por sus costumbres. Solo eran forasteros, y su acento dejaba loable el deseo de pertenecer a un pueblo tranquilo. Su acento estaba lejos de ser sureño.

Todas las noches, cuando el astro rey se estrellaba en los picos de las montañas rocosas desangrándose, levantaba el pie derecho y lo apoyaba sobre un taburete cojo de una pata. El jodido perro, es decir, Dan, lo había mordisqueado como a un hueso. Entonces dejaba que el palillo correteara por toda la cantera de los dientes mientras se mesaba la barba rala. Profundamente relajado, pensaba en lo bien que lo hacía. Cómo la amaba y qué polvo iba a echar esa noche, quisiera Melissa o no.

Era una rata de alcantarilla. O peor aún:

Una mierda aplastada por las botas sucias del sheriff del condado. Que, a decir verdad, era un borracho embaucado por las deudas del juego y la escoria de Chamberlate. Tan corrupto como los políticos del mundo. Solo que él era ignorado. Pero ¿por qué todos los hijos de puta — bueno, los cabrones— tenían tanta suerte de ocupar puestos tan ostentosos?

David era uno de ellos. Abogado de profesión había dejado atrás los problemas de sus clientes —mayoritariamente lunáticos y obsesionados con las leyes— para cambiar su vida por completo. Menos el de seguir siendo el más capullo del mundo, pero eso tenía diferentes connotaciones. Cabrón, perturbado, celoso patológico, asesino...

Todo se quedaba corto cuando estaba frente a ella.

Y su capacidad para ser tan amable como un mayordomo ante las estúpidas sonrisas de los testigos de Jehová, no hacía que Melissa pensara lo contrario de él.

Hijo de la gran puta.

Y Dan empezó a ladrar al sol que había dejado el rastro sangriento a la deriva.

Había un loco suelto y Sean lo sabía. Cada atardecer, como una esposa en pena, acudía a visitar el cementerio bajo una manta de agua. Tosía como un descosido y se encendía un enorme puro que lo sacaba de ese estado penoso a su edad. Rondaba los setenta años y ya había decidido

parar de contar los cumpleaños. A partir de cierta edad, los huesos sonaban como unas piedras en el interior de una bolsa y los dolores reumáticos se extendían hasta la polla. Además, había descubierto que los huevos crecían sobremanera a partir de los sesenta. Sin mujer ni hijos, ni trabajo a que dedicarse más que aplastar cucarachas con un cuarenta y dos de pie: tenía la impresión de que el asesino no se retorció como un gusano en ningún lugar de ese cementerio, que era visitado por un oscuro gato dando por culo con sus maullidos desgarrados.

Sean lo miraba con cierta incompreensión y bajaba la vista. El jodido gato siempre estaba en lo alto de una de aquellas cruces que miraban a un cielo tan zozobante como un mar embravecido. Después el gato saltaba al suelo y se hundía en el lodo.

Sean Rickman, ajeno a los poderes mentales de algunos perturbados que pasaron por Castle o Boad, o incluso Derry, estaba más tieso que una estaca en el cementerio. Astillada y sin vida, bueno, ninguna estaca tiene vida, pero las había que brillaban cuando salía el sol, y ese otoño no habría más sol que una lámpara en lo alto de su cabello de color cobrizo. Era su cabello natural que, al contrario que la barba, no conocía más ceniza que la de una chimenea muerta en el interior de una casa de una familia que no tenía ni leña para calentarse.

Caminó hasta la cripta. Solo había una y se detuvo a dos metros mientras el humo del puro se arremolinaba alrededor de su cabeza con la intención de arrancársela y elevarla al aire. Sus dedos rollizos tiraban del puro, que se despegaba de sus labios secos, y entonces movía el cuello como queriendo hacer un círculo, aunque le crujían las cervicales como las bielas de un motor viejo.

—Maldito seas. Sé que no estás aquí —murmuró entre el ruido de la lluvia. En lo alto de todo, algo iluminó el cielo y la tierra, pero después no sucedió nada más. El detective retirado se quedó con las ganas de sentir el atronador ruido como una de las bombas del Vietnam.

El gato le respondió.

Pero el asesino no.

—Hoy no tengo ensalada —dijo Melissa con cierto temblor en su voz, la cual formaba un vibrato que se paseaba por la cocina como un chorro de aire lleno de obstáculos.

—¿Y qué se supone debo cenar esta noche? —preguntó arrogante David. Le clavó la mirada como dos chinchetas. Ella estaba apoyada en el fregadero. Su tez era pálida y él estaba sentado en la silla, con los brazos laxos sobre la mesa rugosa.

Ella cabeceó un instante. El repentino dolor del miedo la sobrecogió.

—Ya sabes que hoy no hemos bajado al pueblo y...

De pronto, un puño cerrado quiso agujerear la tabla de la mesa, y los ojos de ella casi

saltan de sus cuencas para botar como bolas en el suelo. Los dientes de él estaban rechinando de tanto que los apretaba.

—¿Acaso no tenemos huerto?! —gritó mientras permanecía encorvado como un buitre al borde de la mesa. Le dolía el puño, es decir, el canto de la mano. Los cubiertos habían saltado como unas ranas plateadas, pero seguían sobre la dichosa mesa.

—No he... podido... recoger nada —terminó de decir ella, visiblemente asustada. El miedo se cruzó de nuevo delante de sus ojos y, bajo sus tetas —bueno, bajo su pecho— aquello golpeó el esternón.

Su corazón.

—¡Estás temblando! ¿Por qué? ¿Te han hablado de mí esas pellejas? —Su mirada acusadora evocó la puerta y pareció verlas a través de ella. Eran dos amigas, entre comillas, para un monstruo como él. Solo tenía cuarenta y dos años, era de estatura alta, atlético y guapo, pero por dentro bombeaba petróleo en lugar de sangre.

Hasta los demonios huían de él.

Ella no pudo responder. No, al menos, de inmediato.

—Me ayudan...

—¡Cállate! —El golpe, esta vez, fue con la palma de la mano abierta, que sonó tan fuerte que parecía que se le iban a salir todos los dedos como lápices.

Su profunda mirada le mostraba el monstruo que nunca había estado dormido y que habitaba en él. Incluso cuando usaba la cosmética de su mujer, para ver a un payaso reflejado en un espejo que acusaba con romperse en mil pedazos en un vómito repentino.

Sí, David hacía eso cuando ella no estaba en casa.

La insignia de policía relucía de manera imponente sobre su pecho, pero no era así siempre. Burt no era el tipo de agente que se las daba de algo que no podía ser competente. De modo que siempre tenía la jodida insignia guardada en algún bolsillo del pantalón. Junto a la funda cerrada del revólver. A la gente del pueblo le importaba un bledo que la llevara brillando bajo su hombro. Todos sabían quién era él. Incluso Sean, el viejo detective. Burt decía que el pueblo no se dedicaba a hacer insignias ni tampoco a rozarlas con sus miradas de desacuerdo. En realidad pensaba que a todos se la inflaban si la tenía o no.

Pero por supuesto que todo el mundo en Chamberlate sabía quién era él. Su ayudante Harris también tenía una, y por supuesto que este sí la llevaba clavada en su pecho. En su piel, y los dientes le brillaban junto a la insignia. Eso solo cuando hacía sol en el mes de junio, julio y el



puñetero agosto, en el que los lagartos sacaban sus rosadas lenguas en las canteras. Harris no comprendía la decisión de Burt de llevarla en la billetera o junto a las llaves de casa. Era algo que el hombre de la ley jamás había podido entender. Claro que en el pueblo todo el mundo sabía que él era el agente. El más borracho de todo el estado de Maine, pero había que tener en cuenta la tradición centenaria, desde que los indios MickMac desaparecieron de allí. Pero había que tener en cuenta la responsabilidad y la seriedad. Cuando se estaba al servicio de la ley, había que pensar en esas cosas y en las tetas de la vecina de enfrente. Harris pensaba frecuentemente en ellas, es decir, en las cosas de la ley, aunque solo podía ser agente con dedicación parcial, dado que casi todo el tiempo Burt estaba resoplando en el viejo sofá de su casa.

Y así fue cómo unos degenerados mentales construyeron un lago de sangre en el pasado, que, visto lo visto, parecía no haber acabado todavía.

Si, ahora había detectives.

Y lo sabía.

Mejor.

## 6

Pero Sean era el protagonista, porque no dejaba de pensar en el asesino que se ocultaba en el silencioso cementerio, que, a su vez, sonaba como miles de exhalaciones de todos los que reposaban panza arriba. No tenía sombrero y ni falta que le hacía. Su cabello mojado era ahora una plaga de algas sobre su cabeza y las gotas se columpiaban en su mentón, agarradas en el pelo de la barba. Sus ojos mantenían aviesamente la mirada sobre aquellas tumbas, día tras día, mientras recordaba.

El jodido gato aparecía maullando todos los malditos días, y eso le cabreaba de forma lenta y oficiosa, hasta estar a punto de gritarle, pero no lo hacía. Todo su temple era un abedul esperando que el tiempo pasara ante sus ojos..., bueno, sus hojas verdes.

—Te llevaste a todas esas pobres chicas a la tumba de la forma más asquerosa que pueda emanarse de un monstruo como tú. Eras algo horrible. Una especie de locura a la que cualquier autoridad no se puede enfrentar. Ni siquiera un maldito psiquiatra, con sus gafas de empollón sujetándose con cierto malabarismo en su descendente curva de la nariz. Claro que no. Te condenaron a la cadena perpetua y, después, a la muerte. No vi tus cenizas, cabrón, pero eso es porque no te metieron por el culo todo aquel fuego, cabrón. Sé que no estás aquí tampoco; pero, como soy un idiota, vengo cada día por si veo una bota tuya en medio de un charco de agua. Qué jodido eres. A veces creo que yo mismo me estoy volviendo loco. ¿Lo sabías? La edad me sienta fatal. ¿Por qué no me contestas ya de una puñetera vez?

El detective abrió más los ojos y clavó su fría mirada en el gato que cada día parecía más negro. Sus ojos verduzcos brillaron en aquel atardecer de lluvia intensa, y mostró sus afilados colmillos cuando maulló de forma aguda.

Sean sonrió con la menor intensidad del mundo, tanto, que su rostro no lo reflejó. Y se sintió un verdadero capullo cuando supo que le estaba hablando al gato.

Sí, al jodido gato.

Y, mientras tanto, seguía lloviendo con tal intensidad que el cementerio parecía ya un lago con las cúpulas de los edificios asomando en el agua, como cabezas humanas que se iban a ahogar.

7

Melissa se encontraba ajetreada con los platos sucios de la cena de esa noche. El ruido era ensordecedor y a veces golpeaba la vajilla de porcelana contra el metal del fregador para descargar la ansiedad que el comportamiento de David le generaba. Habían pasado los primeros días idílicos en la nueva casa de la colina. Sí, esa que estaba en lo más alto de la misma y desde donde se podía divisar la carretera polvorienta —ahora llena de lodo— que llevaba al centro del pueblo tras una serpentina brillante. Y por más que golpeaba y pensaba, no conseguía encontrar un solo pedazo de cariño en él. Era puro odio y un enfermo mental, enajenado por las psicopatías de las manías, los celos y las peculiaridades.

—Maldito seas —mascullaba mientras sus hermosos labios se arrugaban como una cuerda enrollada. Su cabello rubio le cubría los hombros, y las puntas le llegaban a la parte más baja de la espalda. Normalmente solía tenerlo atado con una goma elástica que chillaba cada vez que se tensaba, pero esa noche no. Lo tenía suelto y, de espaldas, cualquier hombre la vería hermosa aunque sus manos se movieran como remos al ritmo de los tambores de guerra.

Su corazón estaba convulsionado y sabía que... Arriba, en la habitación, su marido estaría haciendo algo extraño. No para él, sino para ella.

Si hubiera subido las escaleras de puntillas, le habría visto pintarse los labios de rojo, de forma sutil, y, después, apretando con un poco más de fuerza la barra de labios, mientras decía: eres preciosa, Keti.

Y en eso estaba.

8

—La maldita lluvia me tiene hasta los huevos, Forrest. Me duele hasta eso. —Se señaló la entrepierna de un pantalón vaquero, tan gris como su cabello. Estaba sentado en lo alto de un taburete que podría ser un atril perfectamente y ser el reverendo repartiendo ostias a sus feligreses.

Forrest cabeceó como un niño, mientras estaba aferrado con vehemencia a una jarra

amarilla y espumosa. No le gustaba beber de la boquilla de la botella, como Peter.

—A mí también me duelen los huevos —balbuceó como si hiciera submarinismo.

—Los huevos no. Me duele la polla. ¿Sabes lo que es eso?

El resto de deportistas en levantar la copa y que llenaban el bar de Dennis ya pensaban que estaba como una cuba. Saltaron como ranas unas rasgadas carcajadas y todos aquellos ojillos brillaban en medio de una tenue luz de mantequilla.

—Ahhhh. La polla, claro. Aunque nunca me ha dolido, no quiero ni imaginármelo. De todas formas, ya no la tenemos en forma para ya sabes. —Un rictus amaneció en una esquina de su boca.

—Mi esposa murió el año pasado —acució Peter y se llevó el borde de la boquilla a sus labios. La cerveza estaba fresca y la espuma trepó por las fosas nasales, pero el trago le sentó bien. Pero que muy bien. Tanto, que había proyectado un malévolos sonrisa.

—La mía es como si ya estuviera muerta. Se acuesta en la cama con las bragas puestas. De esas que le llegan hasta los sobacos. Ya sabes. Solo son viejas —rezongó el otro.

Esta vez Peter sonrió más abiertamente.

Casi como una risotada.

Las carcajadas cesaron como una vela apagada y se elevó el habitual murmullo de una noche de otoño. Y ese momento fue el elegido por Peter para cambiar de conversación. Tenía algo abyecto en su corazón. Y preguntó:

—¿Que habrá sido del psicópata ese?

—¿De quién hablas? ¿De tu médico de cabecera?

Forrest era demasiado bromista, pero no dejaba de ser un saco de huesos renqueando, aunque ahora seguía sentado, como un buitre, obcecado por las amplias visiones.

Peter bajó el botellín a la altura del bolsillo de sus vaqueros. El color verduzco relucía en su mano casi purpúrea por los hematomas que tenía. «Siempre había uno nuevo en sus jodidas manos», se decía siempre.

—De tu padre.

Forrest enarcó las cejas.

—La cerveza está muy buena. Bebe.

—No cambies de tercio, majareta. Me estoy refiriendo al monstruo que mató a más de una docena de chicas vírgenes —se paró a pensar—, bueno, vírgenes o no, se las llevó por delante en ese jodido invierno...

—Ahhh, ya sé. Hablas de ese perturbado de Boad Hill —encomió Forrest, cortándole de cuajo con una cuchilla de hielo. Soltó un eructo. Así, sin más.

—Exacto. ¿Ves como recuerdas, viejo pellejo?

—Esto no es Boad Hill, y el muy cabrón se suicidó...

—Los dos, hermano. Los dos hicieron lo mismo —le interrumpió ahora Peter. Se llevó el botellín a los labios. El borde casi se estrella con sus dientes amarillentos.

—¿Y eso que coño te importa, amigo?

—Nada. Solo recordaba.

—Sí, claro. La edad. Y las chácharas...

—No es eso, Forrest. Tengo presentimientos...

—¡Vaya. Otro loco con un don especial —exclamó Forrest, mientras se soplabá el resto de la cerveza. Su tráquea sonó como un riachuelo lleno de piedras.

—¿Si? Estas borracho, Forrest. ¿Lo sabías?

—¿Y tú?

Y mientras la luna cabalgaba sobre las nubes, muy por encima del agua que caía del cielo, los dos ancianos siguieron con el chismorreó, presagio de algo que iba a repetirse en un pueblo de Maine.

## 9

En algún momento, alguien pensó en lo siguiente: últimamente abundan los majaras que eyaculan cuando degüellan a su víctima. Maine está maldito por este tipo de personas, no, que va, no son humanos. Son monstruos. Y eso mismo hizo especial eco en las sienes de Sean, quien acudía un día más al cementerio, pero esta vez lloviznaba y parecían copos de nieve, o las esporas del coronavirus, que se te pegaban en la piel.

Sin duda, el inquietante cielo amenazaba con dejar caer una playa de agua de sopetón y ahí abajo estaría el detective mordisqueando el maldito puro de un color marrón carbonizado o tostado.

—¿Dónde estás hijo de puta?

Sin duda alguna había perdido la cabeza y, tras su retirada como detective, sus días eran eso: pura soledad y pensamientos oscuros sin sentido. No se preguntó ni una sola vez por qué perseguía a un fantasma. No. Ni una sola vez.

Y el jodido gato parecía escucharle mientras apretaba sus patas delanteras haciéndose las uñas en la superficie dura de la cruz de una de las tumbas. Tan oscuro que podías mirar sin verlo en cuanto el sol se atravesaba el corazón con la parte más alta de la montaña.

Sean vivía en una pequeña casa a las afueras de Chamberlate. A unos doscientos metros del indicador que ponía:

## BIENVENIDOS A CHAMBERLATE

Y alguien había añadido con un espray verde:

### CAPULLOSS (con dos SS).

Y todo el que llegaba a ese punto de la carretera veía, como un sol, la casa de los Hopper en lo alto de la colina. Una casa abandonada, pero reformada por David Harring. De modo que ahora se llamaba la casa del señor David, el hombre que hacía unas pocas semanas había llegado con su flamante Ford Ka de color azul, tan intenso, que podía sustituir la negrura de ese cielo gris de otoño.

—Creo que me estoy volviendo loco —masculló el anciano. Se despegó el puro de sus labios, que sonaron como un tapón. El humo llegó hasta las narices del gato, que se llevó la pata derecha hacia sus pequeños orificios.

Tosió un par de veces.

Y Sean continuó exhalando toda aquella porquería hasta que se le hundían los ojos.

Y sí, parecía estar volviéndose loco, aunque el destino le tenía preparada una pequeña sorpresa.

Sí. Otra vez.

Cuando el sol se vislumbraba detrás del cristal opaco, más allá de una nube socarronas, protuberantes y con mofletes mórbidos de un color blanco y gris, el señor de la casa se despertaba con una extraña sensación de dolor y relajación. Era como si en los ojos le hubieran clavado varios alfileres, pero en el resto del cuerpo le hubieran realizado un masaje. Se irguió en la cama dando resoplidos como si estuviera levantando un tronco y su mano tanteó a su lado. Moviéndose sus dedos sobre una superficie rugosa y suave, pero no estaba ella.

Abrió súbitamente los ojos y respiró hondo.

—¿Cuándo te he dado permiso para levantarte, Melissa? —preguntó al aire casi helado de

esa mañana de mitad de octubre.

En el fondo de todo. Subiendo por las escaleras como un fantasma del pasado, el ruido del aceite en la sartén repicaba en las paredes.

Entonces él, David, sonrió.

Se frotó el cabello con una mano dormida y volvió a sonreír como un estúpido. Giró el cuello casi cuarenta grados y una cervical crujió en la nada. Después de esto, pensó por qué narices giraba el cuello de esa forma cada mañana.

Pero no se preguntó por qué se miraba al espejo totalmente desnudo —cuando ella estaba fuera de casa, muy pocas veces— y con las piernas cruzadas, cuando presumía de ser el macho con la polla más grande todo Maine.

Pero ahora no era el momento de pensar en ello. No ahora. Sus dedos se acercaron a sus sienes y sintió un ligero dolor que retumbaba como las pulsaciones de un corazón moribundo.

Ahora, la sombra del fantasma de las escaleras olía a huevos revueltos y beicon. ¡Qué novedad!

## 11

El humo lo embriaga con el mayor de los placeres que podía asumir un ser humano. Lo sabía: estaba viciado, y desde que su vida no tenía ningún sentido tras jubilarse, solo esa mierda le complacía. En el mediodía del quince de octubre, estaba hundido en el sofá. Tenía puesta su gabardina y parecía flotar en un charco de aceite quemado. Daba la impresión de que, si cayera un poco de ceniza enrojecida, se prendería fuego al instante. Tenía la mirada clavada en la mesilla que tenía delante. No usaba gafas. Eso era bueno, pero no podía ver muy bien aquellos rostros que sonreían en unas desvencijadas fotografías, bueno, no. No estaban sonriendo. No en la mayor parte de ellas.

Estaban muertas. Bocarriba, sobre unas placas metálicas tan heladas como ellas mismas y tan verduzcas como los sapos del río que cruzaban —de oeste a este— Chamberlate.

La vida le había llevado a estar solo ante sus casos de perturbados y sus manías. Sin nadie a su alrededor. Tampoco es que su carácter hosco lo ayudara mucho para entablar amistades. En realidad, no quería ser un anciano que trataría de buscarse la vida con el bastón para llegar a su casa renqueando como un coche destartado.

Y en algunas de las fotografías, aquellas chicas mostraban sus dientes en una sonrisa abierta y un brillo que se escapaba de sus ojos a través del cartón de la fotografía. Y no. No es que se cambie de tercio en estos párrafos: sencillamente existe una profunda reflexión.

—A la mierda con todo —murmuró y después se tragó todo el humo del puro a medio acabar como si no hubiera un mañana—. Estoy harto ya de ser un juguete.

Pero no lo era y ni por asomo intuía lo que le esperaba en ese otoño en el que un perturbado había elegido la casa de la colina para su confinamiento con su fiel y amargada esposa.

Pero nadie señalaba aquella maldita casa.

Absolutamente nadie.

12

La besó suavemente en el cuello y ella se sintió molesta. La dulzura que David quería transmitirle con la lengua no hacía más que ponerla tensa. En parte, porque sabía que no la quería realmente; y en parte, porque sabía lo que venía después.

Forzada sobre la mesa, que trotaba como un caparazón de una tortuga. No había cosa más humillante que eso. Y por esa misma razón empezó a resistirse, cuando la mano de él le apretó la muñeca con fuerza. Escuchaba su jadeo y su maldad oscura, que emanaba de sus ojos. Y se condenó a sí misma a la eternidad en el fuego cuando se enamoró de aquel joven apuesto y con ojos azules.

Ahora los tenía negros.

Y nunca supo por qué.

—David, se van a quemar los huevos —se quejó. Ya llevaba media docena de ellos dando saltos en una sartén negruzca.

Fuera, el sol se ocultó detrás de unas amorfas nubes con cara de mala leche. Si las mirabas de perfil, hasta podías verles los colmillos en unas fauces abiertas.

—Dime que me deseas. En el fondo, lo estás deseando hacer. Aquí y ahora mismo. Lo noto en tu rostro. Brilla cuando me ves. Dime que sí.

Aquel tipo estaba obsesionado con ella y sus ojos aún parecieron más oscuros. La barba rala se restregó como el pelaje de un gato por el hombro desnudo de Melissa. Él le había bajado un poco el vestido de forma violenta.

—No es el momento —refunfuñó ella levantando el brazo para evadirse de él. Sus dedos le habían causado un profundo dolor en la muñeca, que latía ahora al ritmo de su corazón desbocado.

Estaba empezando a sudar.

—¿Por qué dices eso? ¿Eh? ¿Acaso no me estás esperando a cada momento? ¿No te gusta follar?

Ella se retiró de David cogiendo impulso hacia atrás, como si un muelle la atrajera salvajemente. Los ojos de ella se clavaron en el rostro de ese David con rasgos de tipo bueno,

pero que oculta algo anormal dentro de mente. Algo horrible.

Había bajado descalzo y con el pantalón del pijama como única vestimenta. Tenía el pecho al descubierto y mostraba unos pectorales bien formados pero con vello; que, después de todo, podría volver locas a muchas mujeres.

Pero a Melissa no.

—Ya te he dicho que no es el momento. Estoy haciendo el desayuno, David...

—¡A la mierda los huevos revueltos, el cacao de cacahuets y el beicon! —gritó él con vehemencia. Había levantado su brazo derecho como si se hubiera quitado una capa que reposaba sobre su hombro derecho. En la punta de su lengua todavía tenía el sabor de la piel de ella.

El corazón de Melissa se inclinó tanto hacia un lado que dejó de bombear correctamente, produciéndole un dolor sordo seguido de un ligero mareo. Su rostro estaba pálido. Como una tiza. Consiguió dar unos pasos hacia atrás y, con las manos húmedas y titiritando, tocó las portezuelas del mueble de cocina.

Él la miraba furioso. Tenía los dientes tan apretados que ella sintió el ruido al rechinar. Su cuerpo era ahora una hoja en medio de una tormenta de viento. Se doblaba a cada paso que daba su esposo, si es que a un animal de esas características se le podía llamar así.

Recordó que una hermana de David había sido asesinada por el loco de su pareja, al que solo le unía el piso y el coche. De eso hacía ya dos años, pero no era el momento de pensar en ello. No en ese instante.

*«Tenía la cara desafiante, pero estaba tranquila. La maquillaron tan bien los de la funeraria que, en lugar de estar muerta, parecía que dormía dentro de ataúd, de forma caprichosa».*

Con el resoplido de David ya cerca de ella, volvió a despertar de ese enajenamiento mental que le permitía huir del acoso, pero entonces había llegado el momento de escuchar esa voz melosa que tanto les encanta a las mujeres.

—No, David. No te acerques. —La voz de ella era casi trémula y parecía haber brotado de una garganta llena de mocos. Era como si el aire tratara de abrirse paso entre ellos y aquellas palabras estuvieran distorsionadas.

—No temas, cariño. Perdona. No era mi intención. Ya sabes que esas pastillas que me mandó el médico a veces me sientan mal. —Su voz no era aguda pero tampoco grave. Simplemente: dulce.

Había extendido una mano que reposaba laxa en mitad de una nube de aire estático. No tenía los dedos estrangulados ni sudaban. Era la mano de un dócil crío tras acabar de llorar hasta desgañitarse.



—No insistas de nuevo, David —dijo ella con el corazón en un puño. Sabía muy bien lo que venía después, y no necesitaba tener el don de la Telepatía para saberlo. Eso había pasado muchas veces.

—Solo te pido perdón, cariño. Me he portado mal y estoy rectificando.

Ahora sus dedos acariciaron el cabello rubio de ella. En realidad, se enredaron entre hilos deslavazados. Y ella sintió cierta compasión por él. Estaba que se estremecía. El escalofrío le recorrió toda la espalda. Su corazón, sin embargo, no se bañó en el regocijo.

—Tienes que ir al médico, David —dijo ella visiblemente calmada. Se apoyó con el culo sobre el mueble. Detrás de ella brillaba el cristal de la ventana, que parecía guiñarle el ojo.

—Sí, claro. Lo haré —aseguró él acercándose lentamente hacia ella. Sus labios estaban muy cerca de la mejilla ya no tan pálida de Melissa. Él escuchó cada latido de su corazón. Sabía que tenía miedo.

—Te creo —suspiró ella.

Curiosamente, los ojos de David se habían tornado azules. Ya no eran negros, y la besó larga y apasionadamente. Como él lo sabía hacer. Y ella se estremeció de nuevo...

*«El cabrón de su marido le pegaba una paliza todos los días y después se la follaba».*

Eso flotaba en las neuronas de Melissa. Recordaba cada una de esas palabras cuando la pobre mujer de ojos abultados veía cómo se llevaban a su hija... En un ataúd.

Él despegó sus labios de los de ella, sonriéndole. Ella quiso hacer lo mismo, pero no pudo.

—Me jubilé antes de tiempo para estar más contigo y que no estuvieras sola, Melissa —explicó él mientras la volvía a besar con mucho esmero y suavidad.

Ella se apoyó con sus manos húmedas en el borde de la encimera. Estaba helada. Como su sangre. Como la mirada de su último Psiquiatra. Un tal Harry, que le había explicado que su marido sufría múltiples enfermedades mentales, pero cuyos efectos se podían minimizar con un tratamiento a pesar de todo.

Chad, Burt o Majestik, o como quiera que se llamara esa maldita mañana de finales de octubre, el máximo responsable de la autoridad en Chamberlate, cuya insignia no brillaba bajo una copiosa lluvia, estaba empapado y helado y, por supuesto, asqueado. Ver a una mujer muerta con

la cara flotando en un charco de agua era siempre ver la muerte de cerca y eso no hace gracia. Al menos para él, quien se apretó el cinturón de cuero en repetidas veces mientras hablaba a sus hombres.

—Joder. No es nada agradable ver a una difunta. Siempre te recuerda que eres vulnerable y frágil. No tiene marcas, ni cortes, ni parece haber sido estrangulada. ¿Qué se supone tiene ahora mismo?

—Agua en los pulmones, señor —argumentó Dick. Uno de sus hombres. Su sombrero de fieltro era una canoa navegando sobre su cabeza.

—O sea, ¿que se ha ahogado en un charco de agua?

—Sí.

El cielo estaba oscuro. Burt inclinó la cabeza y solo vio oscuridad. No podía seguir mirando a la mujer de piel casi purpúrea. En ese momento, el reflejo de las luces azules de los coches patrullas bailaban en la áspera piel de sus mejillas y frente. Su mirada era distante.

—Eso no me lo trago. El forense dictará las verdaderas causas de la muerte.

—Sí, claro, es su trabajo.

—¿Hay testigos?

—Bueno...

—¡Vaya! ¡Qué par de tortolitos estoy viendo aquí! —le cortó una voz grave. Era una enorme silueta que se acercaba hacia ellos. Algo estaba en volandas. Y parecían las alas de un avión haciendo un aterrizaje forzoso sobre el mar—. Lluve con cojones.

Burt desvió la mirada con tanta rapidez que su cabeza podría haber rodado sobre unas bolas de billar con ruido incluido. Y lo vio.

—Y a ti, ¿quién te ha llamado?

—Tu padre. Acabo de hablar con él ahora mismo. Por teléfono —especificó aquella voz, socarrona ahora.

—Mi padre está muerto, desgraciado —ladró Burt mientras su mano derecha sujetaba el sombrero oscuro.

—Bueno, míralo por el lado bueno —replicó aquella voz que se hacía creciente en medio del bullicio de las gotas—. Esta mujer también está muerta. ¿Por qué?

A Burt le sonó como un chiste sin sentido.

—¿Acaso lo sabías? No me has contestado a la pregunta de antes.

El hombre alto y obeso hincó su zapato en el charco de agua, hundiéndose hasta el tobillo. Cerca de la cara de aquella mujer que yacía bocarriba con los ojos demasiado abiertos. Estaban morados o, mejor dicho, eran como dos círculos oscuros.

—Tengo un interceptor de comunicaciones que funciona muy bien —sonrió Sean.

—Maldito Sean. Eres un capullo, ¿lo sabías? ¿Cuándo te jubilaste? ¿Cuando descubrieron la tumba de Tutankamón?

—Ostia puta, pero si sabe de historia. Y yo que creía que solo conocías las marcas de cerveza.

Se echó a reír. Trataba de encender un puro ante el diluvio, pero la cerilla se rendía al agua y terminaba en una extinción, como una pequeña nubecilla de humo ennegrecido.

—Eres tan tonto que pretendes encender esa cosa con cerillas con la que está cayendo —ladró Burt, y la verdad es que no se había movido de posición en todo momento. Dick sí había hecho círculos en el lodo. Los demás agentes esperaban impacientes bajo la lluvia, como sábanas empapadas hasta el hígado.

—No creas. A veces lo he conseguido.

—Claro.

Burt cabeceó con desprecio.

—Ten cuidado. Se te va a descolgar la cabeza.

Dick se llevó la mano a la boca ante la inminente risotada.

—Siempre tan amable.

—Los buenos modales son lo primero —acució Sean, que ya había conseguido encender una cerilla.

Burt enarcó las cejas.,

Ante la atenta mirada de la mujer que flotaba en el charco, Sean inhaló tal cantidad de humo que podría haber reventado en ese mismo instante.

—Sí, claro, sobre todo viniendo de ti.

En ese preciso momento, Dick, el ayudante de Burt, no se reprimió el entrar al trapo:

—Señor, ¿qué hacemos con esta pobre mujer? —Se sintió un estúpido en medio de una pelea de gallos.

Burt lo miró de reojo y Sean soltó una chimenea de humo hasta por las orejas.

—Un día de estos te morderás la lengua —rezongó Burt—. ¿A ti que te parece que hay que hacer? ¿Eh?

—¡Tranquilo, amigo! —Sean había levantado una mano rechoncha con los dedos abiertos como una zarpa—. El chico es nuevo en todo esto —y quiso mostrar una sonrisa, pero no lo hizo.

Dick se sintió decepcionado. Hundió su cabeza entre sus hombros, como si su clavícula se

hubiera convertido en un charco de agua.

—Llevo dos años en el cuerpo, señor —informó el ayudante. Su insignia sí brillaba, a duras penas, en su pecho. No tenía sombrero y su chaqueta oscura estaba tan mugrienta como un trapo empapado de grasa. Era el efecto del agua al empapararlo. Tenía el cabello lacio y ahora parecía una hoja de lechuga podrida que reposaba inerte sobre su cráneo.

—Mejor deberías estar callado, hijo —escupió Burt, y, curiosamente, todavía en la misma posición que al principio. Con la mujer inerte a sus pies, como si de un momento a otro se hundiera en la tierra al ser enterrada.

Sean se llevó de nuevo el puro a la boca. Sus ojos se hundieron y después sus nervios ópticos sobresalieron un milímetro hacia afuera. Eso era posible, según la comunidad científica. Ese jodido nervio se comporta como un muelle.

—Tú tampoco me has contestado a la pregunta. —Sean le mostró un rictus escondido en una barba que rajaba agua.

—¿Qué?

—¿Saben quién es? ¿Cómo ha aparecido aquí? ¿La causa de la muerte? Ya sabes, lo típico en estos casos. ¿Verdad, chico? —Y desvió la mirada hacia Dick, que estaba rodeando a la víctima. Esta parecía rezar en un santuario ahora.

Las gotas de agua rebotando en sus córneas.

—Sí. Sé quién es. Este pueblo no es tan grande como para perderse. Es Dana. La mujer de Donald. Dana Miller. Trabajaba en la lavandería de Ray. Ya sabes. La más grande de este jodido pueblo.

—Sí, eso está claro, pero ¿hay testigos? ¿Quién la encontró?

*«Un perro, idiota. Pensó irónicamente Burt, pero esas palabras solo se escucharon en su interior. Incluso hasta en el hipotálamo.»*

El dedo de Dick señaló hacia un lugar no muy distante de donde procedía la jodida luz azul parpadeante, hasta que te daba un ataque de epilepsia. Había un hombre delgado con un chaleco de plástico. Estaba pálido y movía las manos como aspas aún después de haber recibido un tortazo por parte de uno de los agentes. Todavía no había llegado la ambulancia con el médico sosteniendo una jeringuilla asesina.

—Ese hombre, cuyo nombre es Richard, fue quien la descubrió. Dice que había sacado a pasear al perro, aunque no lo hemos visto.

—Vaya. Ha salido el perro. Eso está escrito en todas las novelas policiacas —intervino Burt agachando la cabeza. Parecía que estaba velando a la difunta, que seguía mirándole a él. Burt

apartó la vista. El campo de visión se había helado, de tal forma que se había creado un muro de hielo.

—Sí, y el típico hombre de avanzada edad que flota en su chaqueta. Uno de esos tipos que escupen tabaco y suenan a huesos si los sacudes cogiéndoles de los pies. —Sean se puso en cuclillas frente a la mujer.

El agua de la lluvia chapoteaba en el charco que le llegaba hasta las orejas. El pelo se había convertido en una amalgama de algas en la orilla del mar, salvo que estaba a un lado de la carretera del frondoso bosque de Maine, lleno de fresnos, aunque abundaban otras especies que hacía que se hubiera ganado el apodo del Estado del Árbol de Pino.

Burt siguió mirando hacia otro lado, quizá lo hermosa que era la lluvia. El agua le había calado hasta la raja del culo. Tenía el estómago un poco revuelto, como si alguien estuviera remando en Venecia allí dentro.

Dick se alejó de los dos arrastrando sus botas como un zombi que ya está en los huesos. Solo le faltaba extender los brazos, o, en el mejor de los casos —por la falta de músculo en ellos—, dejarlos balancear como un péndulo alrededor de su torso. Los demás —cuatro, en total— estaban apiñados alrededor de los tiovivos. Sus caras enjutas permanecían en silencio. Sus miradas no iban a ser tan diferentes. Un cadáver era recordar la delgada línea que hay entre la vida y el estar con la pata estirada. Las gotas de agua parecían repicar sobre el chasis de los vehículos, con tanta fuerza que parecían tener intención de agujerear la chapa.

Sean arrugó sus gordos labios y el humo se enredó en sus ojos. Había algo interesante en esa mujer.

—¿Sabes que puedo enviarte a tu casa de una patada en el culo? Ya no existes en Chamberlate —refunfuñó Burt volviéndose hacia Sean.

—¿Qué ha dicho el tipo ese? —preguntó Sean mientras seguía mirando a la mujer. Su mano se acercó peligrosamente a sus labios.

Burt levantó la mano, de pronto, al tiempo que gritaba:

—¡Sean! ¡No puedes hacer eso!

—¿Qué ha dicho ese tipo? —insistió Sean como un niño cansino. No le tembló el pulso para que su dedo índice se deslizara sobre los húmedos labios de ella, pero estaban tan duros como una puerta y helados como un besugo congelado.

—¡Joder! ¡Lo has hecho! ¿Tenías que hacerlo?

Burt parecía otro chiquillo con una rabieta atravesada en su cabeza, como si algo abyecto se hubiera instalado allí. Una nuez con una sola neurona.

Sean se rió jocosamente, pero el puro seguía colgándole de la boca como una lengua bífida y negra.

—Seguro que no habrá visto nada. También es muy probable que le haya tratado de

levantar el jersey para verle las tetas. Desde aquí veo a un hombre que oculta algo. No me gusta Burt. Esto apesta.

—¿Insinúas que ese hombre es el asesino?

Burt estaba escéptico.

—No. Ni mucho menos. Fíjate en sus ojos. —Sean señaló ahora a esas cuencas rellenas de agua y fragilidad.

—¿Hay algo interesante en ellos?

—Todo me dice que esta mujer conocía a su asesino.

—¿Cómo lo sabes?

—Tiene las retinas relajadas. Bueno, que no están tan dilatadas como para haber sufrido un shock, al menos antes de morir.

—¿Y eso lo deduces tú solo?

—No. Tengo a un capullo como tú en mi oído izquierdo que va dándome instrucciones. Él estaba aquí cuando sucedió todo. No te jode.

—¡Buaj!

—La pintura de labios corrida también dice muchas cosas.

—Sí, que la lluvia ha hecho su trabajo. ¿Qué maquillaje aguanta esta mierda?

—No es la lluvia solo. El presunto asesino la besó con pasión antes de matarla.

—¿Qué?

—¿Le has subido el pantalón?

—Por Dios, Sean. ¿Estás loco? Apareció así.

Sean cabeceó un instante y resopló como la chimenea de un crematorio. El puro estaba entre medio acabado o medio disponible.

—Si no te importa, voy a bajarle los pantalones. ¿Puedes ayudarme?

—¡¡¡Sean!!! Voy a arrestarte si haces eso —los escupitajos se disparaban de su boca como perdigones tratando de dar en la diana. Es decir, en las gotas de agua. Y por supuesto que algunos de ellos lo conseguían.

Estaba tan enrojecido como hinchadas sus venas yugulares.

—Tranquilo, Burt. Ella no se quejará.

El Sheriff no contestó de inmediato.

La lluvia era como un ruido siseante que ronroneaba como un gran gatazo al lado de ellos.

—No se lo digas a los forenses, Sean.

—Tranquilo.

Burt se agachó tanto que se le retorció una tripa en un dolor punzante. Era algo normal en él, pues tenía el «Sigma»<sup>[1]</sup> un poco fastidiado. Hizo un gesto extraño con todos los músculos de su cara, y el sombrero se cayó sobre las piernas de la víctima.

—¿Y esa mueca?

—Nada. El colon irritable o algo así. Ya sabes que padezco de eso.

—Si no bebieras tanto. —Sean advirtió que sus labios se habían estirado de oreja a oreja y podía verse reflejado en un espejo como un payaso.

—Eso fue en el pasado.

—Claro.

Y entre los dos movieron a la mujer para bajarle el pantalón vaquero de un azul oscuro, aunque no tanto como el cielo en ese momento. Y tras bajarle las bragas, los ojos de Burt casi vuelan fuera de sus cuencas.

—¡¡¡Diossss!!!

Lo que vio era tan horrible como aberrante e incomprensible.

Sean movió la cabeza varias veces y supo que el corazón de Burt había dejado de latir. El puro dejó de humear al instante, como si todo el mundo que giraba en torno a ellos se hubiera detenido.

A lo lejos, unos faros se acercaban más y más al lugar, como dos grandes bolas de fuego.

Impropio de él: David había dejado a su esposa bajar al pueblo —con su flamante Ford bronceo— a comprar alimentos. Y mientras lo hacía, pensaba en la posibilidad de que otros ojos se posasen sobre ella. En la creencia de que le iba a dejar. Se llevó la mano a su pecho y, como en infinitas veces, sintió el latido desahogado de su corazón, pero lo peor estaba en la reacción psicológica que venía después de pensar en todas estas cosas. Era cerca del mediodía y la casa lloraba la ausencia de Melissa mientras subía las angostas escaleras. Meses atrás, antes de instalarse en «La casa de colina» —como la conocían todos los pueblerinos—, había encargado hacer una restauración de la vivienda. Los suelos astillados eran ahora pistas de patinaje; y las paredes —antes rugosas— podían pasar por ser de seda. Afortunado él, había hecho una buena inversión, y también le había comprado ropa a su asustada y desconfiada esposa. Demasiada. Las braguitas rojas le volvían loco y quería que se las pusiera cada noche, junto a unas ligas (también del mismo color); y mientras sus botas repicaban en cada escalón recordó que la mujer de la

tienda —una señora con el pelo rojo, pero de avanzada edad— le había dicho que las que más se compraban eran las de liga con encaje Floral.

Eso le había permitido echar más de un polvo de los de antes, si es que los había, es decir, de los primeros que echas en tu vida. Pero eso ahora no importaba, no al menos cuando llegó al rellano del primer piso. Llevaba puesta una camiseta blanca de mangas cortas. El muy cabrón se helaba como un gato en la intemperie, pero presumía dentro de su mundo paralelo cuando se transformaba.

El psiquiatra de Detroit y el de Nueva York parecían estar unidos en la distancia, porque ambos habían detectado una enfermedad mental llamada «Disociación de personalidad», y el muy jodido siempre decía que estaba bien. Que los locos eran ellos.

Cuando entró en la habitación de matrimonio, se dirigió directamente hacia la coqueta, que soportaba, o no, el peso de un gran espejo en donde... En fin... Se dejaba ir por la pasión.

Abrió el primer cajón haciendo un gran ruido y salieron, como lenguas, todas aquellas bragas rojas; y las vio.

Las suyas.

Las que usaba David.

Desde luego que no era placentero recordar lo que descubrió. Sean estaba repantigado en el sofá viendo la televisión, sin prestar demasiada atención o ninguna. Su puro humeante le perseguía a todas horas, y por las noches parecía una locomotora roncando. Sus pulmones estaban más negros que la caldera de uno de esos trenes que funcionaban con carbón, pero se despertaba y lo primero que hacía era llevar la intensidad del fosforo a un extremo del puro mientras sus ojillos brillaban en la oscuridad, como los de una rata.

Y haciendo un flashback, sus ojos se agrandaron como en aquel mismo momento. Incluso tan cautelosos como los del sheriff, o, mejor dicho, inflados por la impresión. Aunque Sean estaba curtido en casos de paranoicos y asesinos en serie, lo cierto es que nunca había visto nada igual.

De forma quirúrgica le habían cosido un pene en la vulva de la mujer y, más abajo, un escroto debidamente limpiado. Sin sangre, más que los puntos de sutura, aquello era una aberración. ¿Qué pretendía decir con eso el asesino? La verdad es que ahora no concurría en nada. En cierta manera, era como si su vieja cabeza hubiera dejado de funcionar. Su instinto envidiable, tiempo atrás, parecía haberse ido al garete, pero también es cierto —aunque resulte cansino recordarlo— que aquella polla sobre la vagina de ella le había dejado descolocado.

—Quien ha debido de hacer esto sabe lo que ha hecho. Los puntos de sutura están bien hechos y la colocación de ambos órganos genitales es la correcta. Es como si lo hubiera hecho un cirujano —El forense se estaba quitando los guantes manchados de líquido verduzco. Lo



recordaba.

Y veía a Burt con la cara pálida y la boca cerrada atrapando algo dentro. Su propio vómito. El sombrero de fieltro había cambiado de color, pero seguía estando oscuro por el agua que retenía.

—Aquí no hay ningún cirujano que se dedique a esto —había dicho él. Y mientras el humo se enroscaba en los destellos de la pantalla del televisor, Sean seguía recordando; como si estuviera repitiendo la misma escena tres o cuatro veces.

—No. No lo hay —había afirmado aquel tipo con gafas y de aspecto desaliñado.

—Un cirujano plástico, para que los mariquitas se conviertan en mujer, los hay en Boston, Nueva York, Detroit y sitios así. Pero no aquí.

Esas sus palabras le retumbaban en la cabeza como mamporrazos en unos tambores. Y aspirando el humo de su puro como si no fuera a llegar a la madrugada del día siguiente, Sean recordó que Burt le había dado un codazo.

Al parecer, el forense perdía aceite.

Pero eso hoy en día es como insultar a este tipo de gente que se siente diferente. Sin embargo, Sean no se sentía menos diferente que ellos y ellas.

El forense había tapado aquellos genitales con la sábana blanca. Burt había recuperado algo de aire, y su cara se tornaba rosa poco a poco.

Sean se había quedado pensando un buen rato.

Como lo seguía haciendo ahora, frente a una televisión que solo vomitaba luces y sonidos cercanos al ruido. Como el murmullo de los feligreses en una iglesia los domingos al mediodía.

—¿A qué clase de monstruo me estoy enfrentando? —preguntó a la chica que aparecía en la caja tonta.

Mientras sus largos dedos se movían por encima de esas bragas exclusivas, David canturreaba la canción «*Amore grande, amore libero*», pero en realidad era un tema musical sin letra y con una fuerte carga sexual. En su viaje por Europa, había escuchado esa dichosa música noche tras noche en una discoteca de Italia. Corría el año ochenta y siete y supo, además, que esa composición era de 1975: un año arriba, un año abajo.

Tenía ya los labios pintados como un payaso al que le delata la sonrisa malévola e histérica a la vez. Sus pestañas lucían un perfil elevado por el rímel, y los polvos le daban brillo a sus pómulos. Se había quitado la camiseta, y su pecho desnudo mostraba unos pectorales firmes recubiertos de vello color azabache.

Eligió una de las bragas y se miró al espejo. Movi6 la cabeza en distintos 6ngulos y sus retinas se reflejaron como dos bombillas en el espejo, el cual no mantenía el hospedaje de ning6n tipo de araña dormitando en una esquina.

Estaba descalzo y, mientras sujetaba las bragas en su mano derecha, se empezaba a bajar los pantalones con la otra mano. Lenta y oficiosamente, se los quit6 y, despu6s, los calzoncillos. Sigui6 sonriendo al espejo y se dio media vuelta para caminar —como Dios le trajo al mundo— hacia el armario que tenía pegado como una lapa un gran espejo del tamaño de la cabina de un camión.

Y allí se cruz6 de piernas empujando su miembro viril hacia atr6s, dejando ver solo el vello de sus pelotas. Su culo estaba empinado y parecía brillar a sus espaldas. Tenía los glúteos encogidos y «*Amore grande, amore libero*» sonaba ahora en su cabeza. Al igual que recordaba a un cierto perturbado que escuchaba a todo volumen «*Life in Mono*», ésta con letra: una voz ex6tica, sensual y excitante que había logrado plasmar sobre el papel cierto escritor atormentado con los asesinos en serie.

—Dios, estoy repitiendo algo que ya ha sucedido —musit6, pero nada m6s lejos de la realidad.

Él era mucho peor.

Aquello parecía un establo para burros en lugar del bar de Dennis: un hombre con una panza enorme y una calvicie que le venía que ni pintada para el personaje perfecto de una película. Sus manos apretaban el trapo con el que secaba los vasos y las jarras. Sus ojos eran distantes, pero estaba atento a toda la demanda de birras que se pedían de cerca de treinta mesas, dispersas como setas, en un local de casi cien metros cuadrados.

Y Forrest y Peter estaban allí esa noche posterior al descubrimiento —todo un acontecimiento para las mujeres *de detrás del visillo*—, haciendo pulso con sus jarras espumosas. La punta de sus narices ya estaba tan roja como las ascuas que brillaban en el fondo del local: evidentemente, en el centro de la chimenea.

—Joder Forrest. La han rajado desde el culo hasta el ombligo. Su esposo ya no está para venir a compartir unas cervezas con nosotros. Esta tarde lo he visto realmente abatido. —Peter vivía a dos manzanas de su casa y se habían cruzado de camino a la iglesia.

—¡Que no es así! La pobre mujer estaba operada —escupió Forrest.

Peter alarg6 su cabeza como una tortuga la asoma de su caparaz6n.

—¿Qué coño quieres decir con que estaba operada?

El aire era empalagoso, dulce y espeso. Un mont6n de eructos se subieron a lomos de los

murmullos de todos aquellos borrachos.

—Le pusieron un pene.

—¿Qué?

—¡Una polla, joder! ¡Le han cosido uno de los nuestros a esa pobre mujer allí abajo —y su dedo índice estaba señalando sus partes íntimas.

Peter no alcanzó a dónde señalaba exactamente, porque el borde de la mesa le detenía la vista en un muro, pero se imaginaba dónde estaba su dedo ahora.

Presentó un aspecto ceñudo.

—Estas de coña, amigo.

Sus ojos dejaron de brillar momentáneamente. Por el suelo, una mísera araña corrió a una de las patas de la mesa, y lanzó su primer hilo como Spiderman. Trepó y saltó al pernil del pantalón de Forrest.

—No. No estoy de coña, amigo.

—Joder. Qué guarrada. ¿Cuándo la entierran?

—Mañana. —Hubo un momento de silencio ominoso entre ambos que amortiguó repentinamente el murmullo de todos los imbéciles que se estaban emborrachando esa noche, y prosiguió—. Le han quitado eso de ahí.

Sus cejas lo dijeron todo.

Sean estuvo allí.

En el lúgubre entierro pasado por agua. Los pocos que acudieron —pero muchos para un entierro, según el criterio del detective retirado— parecían flotar en el agua. El reverendo Hodge levantaba una mano mientras un monaguillo de no más de catorce años sudaba aguantando el paraguas que repetía los impactos de las gotas de la lluvia. Estos parecían disparos de escopetas de perdigones y la voz del sirviente de Dios se rallaba como un viejo disco de vinilo.

Tras la perorata nadie elevó murmullo alguno. Solo alguien, detrás de todo, se sonaba los mocos como una trompeta. Sean se giró instintivamente hacia la procedencia del ruido. No vio nada extraño. Allí solo había un puñado de familiares con los ojos hinchados y una estoica muestra de que aquí no había pasado nada.

*«Muy normal no era, las cosas como eran. Tener eso cosido allí abajo no era algo que*

*se veía todos los días. Quizá nunca se había visto hasta la fecha. Oh, ya sé, Sean el destripador hizo algo que... ¿eh? Si no he dicho nada... Risas.»*

El cementerio estaba casi en penumbra y a Sean no le pareció más diferente que ningún otro día. Ese día no había acudido a buscar al anterior asesino de aquellas pobres chicas que dormían dentro de sus propias imágenes. Esta vez la cosa iba por encontrar algún rostro sospechoso. Unos ojos sin lágrimas o una mirada casi burlona.

Sin duda alguna, el asesino no estuvo nunca en el camposanto.

Nunca.

19

Melissa se estaba cepillando el cabello frente al espejo y David le preguntó algo realmente original:

—¿Por qué todas las mujeres os peináis antes de acostaros?

—¿Todas?

Entre ambos reinó un corto momento de silencio que parecía que pesaba como una losa helada sobre la cabeza.

Finalmente, en una noche que no llovía —qué extraño, pensó ella—, su voz se impuso sobre la de él.

—Somos coquetas. ¿Eso te parece absurdo?

—No, pero ahora te vas a meter en la cama y ya sabes lo que sucede. Al final te despertarás con el pelo como un estropajo.

—¿Y eso es malo?

Se estaba poniendo durilla. Sus ojos eran oscuros en esos momentos aún cuando la luz de la habitación era de tal intensidad que parecía un rayo. Apretó los labios casi mordiéndoselos. Sabía lo que le esperaba.

La humillación.

—Pues no. ¿Te has enterado de lo de esa mujer? —David había cambiado de conversación, dando un giro como un asteroide.

Ella se dio la vuelta casi sudorosa.

—¿Qué mujer?

Él se echó a reír mientras estaba tumbado en la cama, desnudo, y con los dedos jugueteando con las sábanas.

—¿Te parece graciosa mi pregunta? —Ahora sí que sudaba. Casi le había levantado la voz a su esposo, y eso a veces resultaba tan odioso para él que lo volvía literalmente loco. Tembló un poco.

—Teniendo en cuenta que tú y las zorras de tus amigas os pasáis todo el día chismorreando, dudo que no hayáis hablado del tema. Pero ojito, mi cariño. No vuelvas a dirigirte a mí de esa manera.

Melissa vio una vez más aquella mirada que tanto temía. Era como ver a un psicópata en estado puro. Con una mirada tan profunda que podía agujerearte todos los poros de la piel. Incluso llegar a helarte, pero a ella la llenaba de un incontrolable e irrefrenable pánico que la dejaba más o menos como una estaca clavada en el suelo.

—Lo siento, cariño. Estuve desafortunada. —Su voz era un vibrato y, por momentos, parecía que el color de su cabello palidecía, como su cara.

—Hoy en día, con tanto travesti y lesbiana, por no decir la de mariconazos que existen, me alegro por ello. Supongo que habría hecho algo mal. Alguien le cosió un pene sobre el coño. No le habían hecho nada más que eso. Yo hubiera ido más allá. Le hubiera arrancado los pezones —ladró, y, de repente, se quedó pensativo.

Su esposa sintió un martillazo en su interior. Era el corazón, que había impactado contra el esternón en un brutal choque.

—Sí... —seguía temblándole la voz y añadió—: No lo sabía, pero seguro que se lo merecía —mintió. Y le quedó esa extraña sensación de acidez en la lengua y el esófago. Una mezcla de sulfumán y lejía que no era más que un reflejo del terror convertido en un sabor.

—Sí. Se lo merecía —dijo él mirando hacia la ventana. Su boca evocaba un rictus malicioso.

Tan obstinado como siempre.

Las fotografías.

Tenía obcecación por ellas. Había sido un caso muy difícil que había sucedido en CastleLakeHill. Según la prensa: el detective Andrew, un hombre muy peculiar, que poseía unos poderes mentales imposibles —pero clasificados por la ciencia—, había logrado dar con el asesino más perturbador de toda la historia. Sean soñaba con eso. Con toparse con uno de esos enfermos capaces de medir su inteligencia. Sean no es que tuviese poderes, pero tenía sus propias técnicas para resolver casos de asesinatos. Aunque, todo había que decirlo, no tan complejos

como el caso de «*Las mujeres de cabello azul*», tal como lo habían bautizado en la prensa.

Sí. Había sido algo que resonaba en todos los callejones y bosques de del Estado de Maine. Ni los somorgujos apelaban a tan fantástica historia digna de ser escrita. Aquel perturbado tenía inteligencia. Demasiada. Quizá como el propio Sean, y pensar en ello le gustaba.

Quería, de forma insistente, imitar a Andrew.

*«A veces, los viejos deliran con el paso del tiempo. Quedan marcados por la guerra del Vietnam. Una separación dolorosa. La muerte de un hijo. O el caso del más hijo de puta que pisaba la tierra...»*

Sean adoraba todas esas ideas. Y es que en parte tenía algo de masoquista o, quizá, delirio. Sus ojos habían visto muchas víctimas, aunque no como la mujer que había aparecido muerta esa semana, pero se había encontrado todo tipo de asesinos. Siempre hombres, y con un problema mental o con las drogas. Sin embargo, carecían de interés para él, porque no se anticipaban a su inteligencia, y los atrapaba como la lengua de un sapo a una mosca. Rápido y silencioso. Y eso, no le ponía.

Aquellas desgraciadas seguían posando para él en esas viejas fotografías, recortes de periódicos que ya estaban amarillentos, y algún que otro artículo que hablaba de ellas y de ese perturbado, pero de Andrew casi nada. Ellas sonreían, dormían, estaban muertas.

Y aunque tenía claro que no debía mezclar su espantoso hobby o interés por este descubrimiento, también tenía claro que la mujer aparecida en un charco de agua con algo allí abajo no indicaba un caso aislado.

Sabía que alguien iba a probar su inteligencia, valga la redundancia.

Su obstinada inteligencia.

Y se repantigó hundiéndose entre el respaldo del sofá y la nube de humo, con sus ojos vidriosos en esos momentos.

Diana se quedó sola por un instante, a pesar de estar realmente acompañada. Sentía una combinación de frustración e incomprensión por parte de él. De ese hombre galán al principio, pero que había tenido un desliz en un momento dado.

Quizá no había estado todo lo afortunado que necesitaba ella. Eso era todo. El parque estaba desierto y la luna los observaba desde la gran distancia, con sus grandes ojazos opacos. Un gato maulló a lo lejos y después un ladrido repentino hizo que el minino saliera soplando hacia

ninguna parte. Pero eso era visible bajo la luz de las farolas de mantequilla y ella casi se sintió abocada a soltar una sonrisa ante tal escena. Y después de no hacerlo, pensó que se trataban de, al fin y al cabo, esas pequeñas cosas de la vida que te hacen pensar.

Y de nuevo sintió amor por ese hombre de anorak negro.

—Anda, dame un beso, tonta —le insinuó él, todo dientes. Se acercó a ella como un monstruo, con los brazos abiertos para apretarla contra todas sus fuerzas, hasta que le crujieran todos los huesos.

Ella se dio la vuelta. Una vez más, le había dado la espalda, pero en sus labios ya se vislumbraba la sonrisa, y el siguiente maullido de aquel minino en la distancia le hizo reír casi a carcajadas. El perro le había mordido el rabo y el felino había dado un brinco como si hubiera pisado un gran muelle.

Esa escena tan cómica, seguida de aquel sonido casi siseante o, quizá, chirriante le arrancó cierta carcajada ahora. O a lo mejor había sido la mariposa que aleteaba todavía dentro de su estómago.

Una mano caliente y delicada se posó sobre el hombro de la chica sintiendo la libido surgir. En alguna parte, allí abajo, se humedeció como el musgo del bosque colindante, pero seguramente no olía igual que la humedad de la tierra.

*«Salvo el olor a coño».*

Había escuchado la voz de él decir esa guarrería. Tan cerca y tan profunda.

*«No hay algo tan agradable como eso».*

Lo había vuelto a escuchar, pero no sintió el aliento cerca de su oído derecho, no en ese momento, aunque notaba la barbilla de él rozar su yugular. Como los labios casi húmedos la besuqueaban o, simplemente, se deslizaban por la suave piel de ella, que se erizaba por momentos.

Y siguió humedeciéndose.

—A veces dices unas cosas tan extrañas —y prosiguió con una dulce risa mientras se volvía hacia él, brillando más que las jodidas bombillas de las farolas. En el centro del parque había una especie de gárgola, a la que solo le llegaban unas desvaídas sombras, tan largas y delgadas como unos dedos como cuchillos.

—¿Pedirte un beso es algo extraño para ti?

Ella le mordió el labio inferior en un impulso irrefrenable. Sus pechos le latían como si tuviera dos corazones en esas zonas. Él se sintió feliz ante todo.

—No. Eso no. Lo del coño.

Él se detuvo en su masaje en el rostro de ella y la miró poniendo cara de desconcertado.

—¿Yo he dicho algo de eso? —mintió.

Sin duda lo había hecho. Era una especie de don que había descubierto cuando tenía menos de ocho años de edad. Un día cualquiera. Antes de finalizar el curso, le había llamado zorra a su profesora, pero solo lo había pensado, cuando la señora Janis se dio la vuelta y le dio un tortazo delante de todos sus amigos. Y desde entonces sabía que muchas de las cosas que pensaba podían ser atrapadas por los demás, como las ondas de la voz.

—No mientas. A mí no me engañas —acució ella. Lo atrajo con el dedo índice doblado hacia su cuello—. Bésame. Y lo del coño me ha gustado.

Él inclinó la cabeza, pero entonces sucedió algo inesperado.

## 22

Se despertó de repente de una pesadilla. Como se suele decir siempre, estaba sudoroso y tenía el corazón fuera de su pecho. Podía tocarlos con sus propias manos húmedas por el sudor. Sus ojos, aunque la habitación estaba sumida en la plena oscuridad, parecieron vislumbrar algo de luz en la pared de enfrente. Su casi mórbido cuerpo se había incorporado, como si una palanca manejando algún mecanismo lo hubiera puesto en un ángulo de noventa grados a la velocidad de la luz.

—Dios —dijo, y dejó que el silencio de la noche hablara después de él.

Momentos después de escuchar rítmicamente su corazón en las sienes, se hizo a un lado del colchón y alargó la mano en la oscuridad. Sean sabía dónde puñetas estaba siempre su puro y la caja de cerillas. Cogió ambas cosas con sus dedos rechonchos, y sus labios atraparon la boquilla —tubo grueso, habría dicho él—, cuando en ese momento su rostro brillante se iluminó como si se hubieran proyectado los rayos del sol moribundo en ese momento.

Entonces, en el silencio, y tras apagarse la cerilla, solo brillaba un gran botón rojo rodeado de negrura.

Y no recordaba nada de la pesadilla.

## 23



Los ojos de ella, de Diana, habían brotado de sus cuencas como dos pelotas de beisbol. Sus uñas desgarraban la piel cerca de sus sienes y tenía la boca tan abierta que cualquiera hubiera dicho que se había tragado un vaso de tubo. El grito fue desgarrador y rompió el silencio de la noche amortiguando, además, los ladridos del perro que seguía corriendo detrás del gato; eso sí, en algún lugar muy lejano de donde estaba ella, pero antes había preguntado algo con cara de asco.

—¿Qué diablos es eso?

—Un bisturí, nena —y la boca de él mostraba unos dientes tan blancos como la nieve en un frío invierno—. ¿Y qué tengo en la otra mano?

Ella seguía gritando hasta desgañitarse como un becerro.

En la otra mano, él tenía un pene flácido como un gusano retorcido por una muerte cruel. No tenía sangre, pero parecía baboso.

Y la luna se oscureció del todo.

## 24

El cadáver estaba sobre la mesa plateada en la sala del forense. Se había tenido que desplazar a Boston para ello, ya que en Chamberlate no alcanzaban ni para tener un mediocre cementerio. Sean había tenido que fumarse dos puros durante todo el trayecto. Tenía la ventanilla un poco bajada, por la que salía el humo como el de la máquina del tren, y, por detrás, el tubo de escape lanzaba petardos azules hacia el cielo lluvioso. Lo que más le jodía al detective era conducir con lluvia. Aunque tuviera la vista relativamente bien —y estaba apto para conducir todavía—, pero le fastidiaba. El siseo del parabrisas era toda una orquesta de tambores y lo que tenía delante de él no era más que el culo gigantesco de una vaca. Pero se las había arreglado para aterrizar frente al edificio de los «Zombies». Pero qué mala era esa comparación.

—El órgano sexual...

—La polla. Queda mejor si le llama a cada cosa por su nombre —le había interrumpido Sean, fumando como un carretero. Ese día por la mañana ya lleva cuatro de los grandes. El forense se quedó perplejo.

—Está bien, el pene —rectificó, tímidamente, aquel hombre con una bata blanca que presentaba manchas verduzcas y a veces marrones— ha sido implantado de forma muy cuidadosa. Sin duda es la misma persona. Ya sabe. Me refiero a la primera mujer...

—No soy tonto, amigo —le interrumpió nuevamente con voz grave. Sonó como un gruñido de una bestia.

El tipo de las gafas que brillaban bajo la luz intensa de los fluorescentes se sintió un poco afligido por esto. No respondió de inmediato, ni tampoco tenía cara como para ser tan grosero

como Sean. El forense era un tipo joven de cabello alborotado. De color castaño. Apenas tenía cejas y parecía haberse operado los labios o inyectado esa mierda de Botox que usan los famosos. Sean pensó un improperio sobre él, que afortunadamente no dijo.

—No pretendo incomodarle —aseguró ese hombre cuyo nombre se había quedado tirado como una alfombra por el pasillo que le había llevado a la sala 3.

—Claro, yo tampoco —rezongó el detective escupiendo por las narices y las orejas tanto humo que parecían chorros de gases que se abrazaban a la luz del techo—. Continúe. ¿Alguna jodida huella? Dígame el motivo de la muerte si es tan amable.

Sean sonrió despectivamente.

Burt no había acudido como debería haberlo hecho. El muy cabrón se había quedado dormido en el sofá de su casa con la última resaca de su vida, es decir, del día.

El forense retiró completamente la sábana y cogió entre sus dedos lo que parecía un pingajo, pero era la polla cosida sobre la vulva. La elevó un poco y la dejó caer sin hacer el más mínimo ruido. Sean estaba atento a sus movimientos. Ahora cogió el escroto cosido y lo apretó con fuerza. La mujer tenía los ojos cerrados y amoratados. Su cabello estaba todavía húmedo. Era como si le hubiera salido moho en ese pelo apelmazado.

—Agua —dijo al fin el forense.

Sean enarcó las cejas, esta vez con el puro a un metro de sus labios, puesto que tenía la mano extendida y señalaba con el meñique eso de ahí abajo.

—¿Agua? Qué tontería es esa. Sabe que puedo meterle el puro encendido por el culo y hacer que cante hasta que se ahogue en su propio vómito. No haga que me cabree. ¿Cómo se llama? —Sean lo mordía con la mirada.

El forense empezó a temblar como un crío: impropio de él, pero así fue. Como un mocoso asustado por las palabras más altas y agudas de su profesora de matemáticas.

—La.. causa de la... muerte ha sido ahogamiento. Tiene.. agua en sus pulmones —apenas había hilado coherentemente esa frase. Había casi tartamudeado.

—¡Baj! No hay huellas. Nadie sabe de quién es la polla o esas pelotas, y me dice que murió ahogada. ¿Está seguro?

—Sí.

—Joder, qué caso más difícil —resopló Sean. Inmediatamente, se llevó el ansiado puro a la boca para contraer sus pómulos mientras chupaba.

—Lo siento —atinó a replicar el forense—. Me llamo Harold. Harold Job.

—Vaya mierda de nombre. Me recuerda a un tipo multimillonario con cara de idiota. —Se hizo el silencio ominoso por un espacio corto de tiempo y añadió—: Quiero que analicen el ADN de esa polla. Ya sé que es difícil encontrar al capullo que la llevaba colgando, pero alguna manera

habrá de descubrir cosas, ¿verdad?

El forense asintió con la cabeza.

No dijo nada.

Y Sean se dio la vuelta para volver por donde había venido al tiempo que soltaba tacos al ritmo que ascendía aquel humo de su propia chimenea humana.

25

—¿Por qué todos los malditos otoños tienen que llover demasiado? —preguntó enojado David. Estaba agarrado a una lata de cerveza caliente y apretaba tanto el bote que casi lograba aplastarlo.

Melissa se encogió de hombros. Estaba planchando unas camisas tan blancas como la cara de un vampiro y le resultaba tan odioso hacer eso como mirarle a los ojos a aquel pobre hombre. Porque en el fondo ella pensaba que era simple y llanamente eso, un pobre desgraciado, a pesar de que se las diese de macho pegándole con la hebilla de la correa. Esas cicatrices que dejaban el metal en la piel se curaban, pero aquellas que eran internas, no. Siempre perduraban. Finalmente contestó:

—En primavera también llueve bastante —y aunque su voz no estaba temblando ahora, no estaba segura si había hecho bien en contestar. Algo que corroboró de inmediato.

—¿Te he preguntado a ti?

David supo poner más aquella asquerosa sonrisa en sus labios, bajo una mirada penetrante y abyecta. Tan endiabladamente intensa como perturbadora.

*«Te guste o no, tendrás que ir al psiquiatra, oh, sí, claro que sí, tendrás que ir y solo entonces te pondrán una docena de inyecciones y te meterán en el loquero. Maldito seas. Ese día llegará, seguro.»*

Pero Melissa no pensó en voz alta. Su corazón comenzaba a latirle un poco más de prisa, como de costumbre. Era como si un alfiler se hubiera clavado en el motor de su cuerpo.

—Lo siento, David... —acució una Melissa redimida, y no acabó la frase. Aquellos puntos de coletilla parecieron mostrarse en el mismo aire del comedor. Era como unas notas musicales que habían fallecido. Entonces, al acariciar la camisa con el bajo de la plancha, sus ojos vieron algo.

Era una gota oscura. Como una moneda de dos dólares, las cuales no existían.

—Pues no lo sientas tanto. Sabes que me cabrea. Eso es todo. —David se llevó el borde de la lata a los labios húmedos y sorbió como un cerdo en su comedero. Después retiró la lata de su vista y soltó un eructo sin venir a cuento. La miró sonriendo y dijo—: Oh, lo siento, cariño. No debí hacer eso. Es una guarrada, ¿verdad?

Sus ojos se habían estrellado en la densa nube de aire caliente y pegajosa que flotaba en el aire. Era como la típica mirada de un payaso asesino.

Melissa detuvo el trasiego de la plancha y hundió su cabeza entre los hombros. El corazón estaba tomando ya carrerilla y sabía que, de un momento a otro, aquel órgano saldría disparado por su boca como una bala mezquina que rebota después en las cuatro paredes.

—Estoy acostumbrada —y no mintió. Lo estaba.

—¡Venga ya, cariño! ¡No te asustes! Era solo una broma. —Tenía los brazos levantados a la altura de los hombros. La lata de cerveza se derramó en una intensa lluvia de espuma allá dentro. Él estaba al lado de la ventana y en ese momento escuchó dos tipos de goteo: el de la lluvia de fuera, que parecían perdigones estrellándose contra las hojas de los árboles; y el de la cerveza, que sonaba como algo siseante.

Ella le miró de refilón con una mirada de niña.

—Te conozco demasiado bien —respiró ella. En ese momento hubo una desescalada en el pulsímetro de su corazón.

David haciendo caso omiso al derrame de la cerveza —cosa que ella tampoco mencionó —, se dirigió hacia ella bordeando una mesa. La contorneo con sus largos brazos y le raspó la cara con su barba rala. Y el muy cabrón sabía que eso, al final, le ponía a ella. Sentía cómo su corazón se relajaba. Oía su sudor, como una fragancia que le excitaba. Su lengua jugó con los labios de ella. Estaban cerrados y la plancha se quedó dormitando sobre la mancha de la camisa. Una mano de ella, como si actuara de forma independiente, quería apartarlo, pero no lo hizo. Sabía que, si lo hacía, la forzaría, y que, si no lo hacía, le haría el amor allí mismo. En el sofá.

Al final sucedió lo segundo.

Y ambos tenían una cita pendiente con el psiquiatra.

Acudió de nuevo al destartalado cementerio, y aunque las cosas habían cambiado en cuanto a sus manías, porque ahora tenía una nueva; allí estaba él, bajo una llovizna mientras observaba al jodido gato negro y recordaba la cháchara de Burt.

*Solo un travesti fracasado puede hacer esto, Sean. Solo tienes que buscar a uno de*

*ellos. Pero ah, en Chamberlate solo hay un maricón. Perdóneme usted, no quería decir eso. Solo era una forma de hablar. En la comunidad Gay se llaman así entre ellos, como una forma muy atrevida de decir que han salido del armario y que, como la sociedad ya los acepta, pues pueden seguir llamándose maricones. Pero no te molestes, Sean, viejo vetusto y fumador de puros no habanos. El tipo es mucho más que eso. Es un loco. Una desgracia de la naturaleza. Lo que pasó con aquellas mujeres de cabello azul fue algo sonado, sí, claro, por supuesto que sí. Había sido una mente atrapada entre la cordura y la locura. ¿Que eso es imposible? ¿Quién lo ha dicho?*

*Yo. No. Tú.*

Calado hasta los huesos retornó por donde había venido para regresar al coche. El humo, que se alargaba como la marca de un reactor en el cielo, le siguió los pasos hasta diluirse en la niebla blancuzca, digna de una noche de miedo.

Vaya que sí.

27

Loco.

Si «Life in Mono» había marcado un antes y un después, «*Je t'aime*» estaba preparando un nuevo terreno, tan macabro y obstinado como el caso de las mujeres de cabello azul. Él no era como ese mariquita de marras, claro, que no. David era un loco con un poder mental muy estimable y, a la vez, aterrador. Sus locuras no tenían fin. Y su consistencia se tambaleaba como una silla en equilibrio sobre una sola pata. Desde que había llegado a Chamberlate y las gentes señalaban con sus destartalados índices la casa de la colina —hablando con la fuerza de una brisa—, él aprovechaba cada momento para hacer sus ridículas poses de un hombre convertido en mujer, y eso, precisamente, estaba ya muy visto.

Y él lo sabía.

Subió el volumen del equipo de música y la voz rasgada, pero a la vez excitante, de un hombre comenzó con «*Je t'aime*». La música lo embriagaba en su baile sexual y absurdo a la vez, que prorrumpió una voz de mujer que más que cantar parecía que estaba haciendo el amor.

David, totalmente desnudo, se asomó a la ventana y se vio reflejado en el agua de la lluvia. Tenía los índices y pulgares pellizcándose los pezones.

28

Quizá otra veces no, pero esta vez su corazón palpitaba de dolor y la sentía, como a la

mariposa que tenía dentro. Estaba herida de muerte. Nunca supo, hasta aquel momento, lo que dolía la muerte de algo, ya sea emocional o física. Es una mezcla de sentimientos no encontrados que rehúyen del miedo y se acercan más hacia la soledad. Las lágrimas afloraban en sus ojos como las gotas de la lluvia en las nubes que flotaban esa noche en el cielo. Pero solo parecían estar suspendidas por la incomprensible ley de la naturaleza, porque se veía como un techo amorfo, bomboso y que amenazaba con hacerse trizas. Como la frágil línea que existe entre todo lo vivo y la muerte de éste. Apoyada sobre sus codos carnosos, los cuales se hundían en el colchón, Amanda tenía los pétalos contados, pero eso ni le importaba ni lo sabía. La única cosa cierta es que se había muerto por dentro. Rota de dolor y soledad, o quizá inconmensurable tristeza —o por qué no, todo a la vez—, hacía que por su frente desfilaran las diapositivas de él. Su rostro de piel curtida. Sus ojos y sus labios. Las promesas que le había hecho y sus manos, cómo hacían magia sobre su piel, de tal manera que sentía derretirse como un flan. Toda esa mezcla de sensaciones e imágenes la sumían en el peor momento de su vida. Su corazón se había escapado de su pecho para unirse al de ese hombre, pero se había dado un batacazo de los que duelen de por vida.

Sin embargo, sucedió algo.

Un tic sutil repicó en el cristal de la ventana.

Sus ojos se alzaron a media distancia. Las lágrimas parecieron detenerse en algo que no parecía tener importancia, pues las gotas de lluvia golpeaban con fuerza el cristal, y el ruido era sumamente ensordecedor. Pero había escuchado un ruido como si un hueso de una aceituna se hubiera estrellado contra esa ventana cerrada.

Y cuando volvió a bajar la vista derrumbada, sonó de nuevo.

Tic.

—Pero ¿qué pasa? —Su voz titilaba y era aguda como la de una niña llena de mocos que le impiden hablar bien.

*«Qué ironía del destino no poder tocarte. Abrazarte y sentir la magia de tu amor», pensó.*

En el otro extremo de la pared. De ese dichoso cristal que no estaba rajado, una voz se alzó sobre el intenso ruido de la lluvia. Ella movió la cabeza como una tortuga adiestrada. En realidad esa voz parecía un murmullo ahogado por el goteo incesante de unas nubes heridas de muerte. O quizá fuese el puñetero árbol de su jardín, cuyas ramas alcanzaban la ventana como los dedos largos y estrafalarios de un monstruo tan enorme como la casa. Sí —pensó—, serán las jodidas ramas.

Pero volvió a escuchar otro tic, y, esta vez, un grito amortiguado por un golpe de viento. Su mirada se elevó de nuevo y las lágrimas ya estaban casi secas, aunque pendiendo de su barbilla. Estaba bocabajo y le costaba erguirse con el dolor de sus muñecas.

*«Estás loca. Tu herida es tan intensa que quizás te hayas muerto de verdad y lo que ves y escuchas, solo está al otro lado, oh, sí, claro, jajajaja».*

Pero Amanda Watts estaba viva.

Su corazón latía.

—Amandaaaa.

Su voz quebradiza se alzó por la tráquea.

—¿Eres tú?

Había reconocido esa voz. Era él. Sin duda que lo sería. Ahora se sentía algo esperanzada pidiéndole a la noche que se detuviera eternamente, y así fue.

—Amanda, soy yo. He estado pensando en todo y de veras que me arrepiento. Quiero quedarme contigo. Es mi última decisión final. No me digas adiós. No digas que no.

Los ojos de Amanda brillaron como luciérnagas en la noche, y su corazón se volcó como un barco naufragando, pero no sentía dolor, sino —como aquella mariposa moribunda o quizá muerta— que había resucitado por vez primera en la historia de la vida desde que se plantó el primer ser vivo: en este caso, una bacteria.

Se movió como un chorro de agua escapándose de una manguera descontrolada y sus pies descalzos hicieron unos ruidos carnosos a medida que se acercaba hacia la ventana.

Era él.

Lo vio empapado hasta los huesos en mitad del jardín. Tenía las manos metidas en sus bolsillos y la cabeza tan alta como la de un pato. Aquellos ojos brillaron detrás de una cortina de agua. En el momento que la mano de ella se posó sobre la lisa superficie del cristal, se mostraron sus yemas adosadas como los dedos de una rana.

—Oh, sí. Has vuelto —exclamó ella, y se llevó una mano a la boca, ya que no quería despertar a sus padres. Amanda vivía todavía con ellos aunque ya tenía cerca de cuarenta años. En un pueblo como Chamberlate, se conocía como una «Moza vieja», y quién sabe si en todo el mundo.

El hombre sacó las manos de los bolsillos y movió los brazos con aspavientos. Después se retiró un poco hacia alguna parte del jardín perdiéndose entre la lluvia, y regresó con algo enorme entre sus manos. Eran unas escaleras.

Amanda se echó a reír.

Su amor había regresado y se disponía a subir hasta la ventana con la ayuda de unas escaleras. Una escena muy vista en la mayoría de las películas —pensó—, pero eso ahora daba

igual. Aquella mariposa se convirtió en Lázaro sin escuchar las palabras de Jesús: levántate Lázaro.

*«Mentiroso. Eres un mentiroso. Vas a matarla, oh, sí, qué bueno...»*

Pero Amanda no había visto en él a una mente perturbada, sino a un hombre bueno y cariñoso. A su media naranja. Sus aventuras con él eran como el descubrimiento de América de Colón. Entonces abrió la ventana y el frío le azotó en su rostro como una ola helada. El mar había zozobrado en ese momento como un impulso de la locura. Él estaba ya subiendo las escaleras. El corazón de ella palpitaba ahora hasta hacer vibrar el cristal, y, entonces, la mano de él se acercó tanto que pudo acariciarla en la mejilla.

Su mirada era tan diabólica que ella no podía verlo.

De repente la cogió del cuello con sus largos dedos haciendo de gancho y tiró con fuerza hacia afuera. Ella, todavía sonriente, cayó al vacío.

Y aterrizó en un gran charco de agua con tal dolor en todos sus huesos que no pudo levantarse. Y solo entonces su rostro empalideció como alguien que muere.

Él la miró desde la altura con una sonrisa malévola.

Y la lluvia siguió haciendo estragos sobre ellos. Tanto que podía escucharse un ruido infernal como si una docena de críos estuvieran aplastando el agua de un charco sin conseguirlo.

Eso.

Estaba flotando en un charco de agua como si este fuera un lago.

—Es Amanda. La solterona de oro —confirmó uno de los agentes de Burt. La miró de reojo y de paso cómo flotaba su vestido en el agua. Y se preguntó por qué narices llevaba un vestido en pleno otoño, uno de los más lluviosos de Chamberlate. Siempre se decía lo mismo. Si uno veía el parte meteorológico, escuchaba eso: “el peor invierno, la peor primavera, el peor verano o el peor otoño”. Ahora daba igual y en sus pensamientos rumiantes añadió: “Burt no lo sabe”.

—¿Quién coño es? —preguntó Burt con el sombrero de fieltro puesto de canto en su enorme cabezón. Tenía bigote. El muy capullo se había afeitado la barba y se había olvidado de quitarse el bigote. Solo fue eso. No una decisión. En el lado derecho del bigote estaba la marca del error. Un hueco sin pelo.



Era de noche y los faros de los dos coches patrulla más la ambulancia barrían la zona encharcada del final del tramo de la salida del pueblo. A lo lejos algo rugía como una bestia y se percibían dos minúsculos ojos rojillos como los de una rata, que iban creciendo a medida que se acercaban.

Era Sean, sin duda.

—Jefe. Creo que por ahí viene nuestro amigo —espetó Alan, uno de los hombres del sheriff. Éste sí tenía bigote y rubio. Y no. No se había olvidado afeitárselo. Era uno de esos tipos duros que siempre presumía de tener bigote. Sus ojos eran celestes y el cabello —que se suponía debía ser rubio— era castaño. Su aspecto era el de un hombre corpulento, pero tenía los mofletes tan rojos como los de un obeso.

—¿Y cómo sabes quién viene desde tan lejos? —preguntó su jefe. En el tono áspero de su voz se notaba que todavía estaba de resaca.

—No le he dicho quién exactamente, señor —acució Alan. Tenía puesto un chubasquero oscuro.

—Ah, vale.

Sin duda alguna Burt no estaba muy bien, ni esa noche ni nunca antes desde su separación. Un tipo tan duro y cabronazo como él no podía caer bajo las garras del alcohol, pero se habría derretido como un flan antes que atiborrarse de pastillas para la depresión.

Ahora aquellos faros —que podían ser de cualquier coche, aunque ya se sabía que eran los del vehículo de Sean, por la espesa nube azul que flotaba tras él— se tornaron como dos chimeneas, de lo grande que se mostraban.

Un fuego que no terminaba de atravesar la cortina de agua.

El vehículo frenó desliziéndose levemente sobre el asfalto como un patinador profesional. Se detuvo sin chocar contra nada. El motor se convulsionó, gruñó y se calló.

Unos segundos después, y, ante la mirada de Burt y sus hombres, la portezuela se abrió y emergió de detrás de ella una silueta amorfa. Como un sapo gigante o un vampiro amorfo. El humo rodeando su cabeza oscura lo delató.

—Siempre me tengo que enterar por vuestra jodida radio —protestó Sean Rickman. Caminaba hacia ellos resoplando humo y jadeando como un perro cansado. Aquellos huesos crujieron dentro de un metro de grasa y se detuvo frente a Burt con las cejas enarcadas—. ¿Qué me dices a eso?

—Ya no estás activo, Sean. Esto ya no te incumbe —aseguró Burt. Ahora parecía que su voz había dejado todo rastro de resaca, pero, aún así, el detective se dio cuenta de su estado—. Maldito Coñingan.

—Mira quien vino a darme lecciones. Un pobre borrachoo...

—¡Te voy aaaaa...! —gritó Burt interrumpiéndole. Se había zafado contra él como un puma

cabreado. Solo le faltó sacar las uñas.

—¡Señor, no lo haga! —exclamó su ayudante agarrándole del brazo, que lo tenía en alto. Éste también lo interrumpió.

Alan hizo un boceto de risa en su cara medio oculta entre el juego de luces destellantes y las sombras. El detective se quedó firme, como siempre; tragando humo.

—Adelante, mariquita. Pégame un puñetazo. No tienes huevos ni para eso.

—¡¡¡Serás!!!

Ahora Alan soltó una carcajada.

Burt se desvió del trayecto y miró al imbécil del agente, pero no dijo nada. Quizá —quién sabe— porque podría tener razón dentro de lo que cabía.

—¿Tenía una polla amputada y cosida en su genital? —La voz del detective sonó grave y el cielo no estalló con ningún trueno para prorrumpir en tan interesante conversación—. ¿Nadie le ha bajado las bragas?

Hubo un largo silencio.

—No lleva bragas —informó finalmente, Alan, que se había acercado a Sean, esta vez sin sonreír, con una frescura inusual en él.

—Vaya, ya veo que habéis aprendido a mirar entre las piernas de las mujeres.

—¿Qué? —Alan se debatió ante la idea de agarrarlo por el cuello o escupirle en la cara. No hizo ninguna de las dos.

Y mientras caya la lluvia de forma incesante, Amanda yacía bocarriba con los ojos abiertos. Llenos de amor.

*«Yo te miro y se me corta la respiración. Y en un silencio tu mirada dice mil palabras y suplico que esta noche no salga el sol»*

Esa vaga sensación de que alguien se había introducido en la mente del detective se hizo realidad de nuevo. La voz de hombre joven le había hablado desde dentro. Ni siquiera en los oídos. Simplemente lo había escuchado y sintió que su rostro se tornaba pálido, aunque respiró hondo para que esto no sucediera. «No delante de esos imbéciles», pensó.

Pero alguien le había hablado.

Ese repentino silencio se hizo notar ante los agentes de la Ley, cuyo objetivo eran los ojos de Sean, que mostraban una oscuridad inusual: no perversa, sino de desconcierto.

—¿Le pasa algo, señor? —preguntó Harris, el ayudante de Burt. Éste también tenía puesto

un chubasquero.

Sean reaccionó inmediatamente.

—¿Señor? ¿Me ha llamado señor? Llámeme capullo —graznó y caminó hasta el charco, donde vio los ojos cristalinos de Amanda.

Y de repente el cielo se iluminó con un hermoso relámpago.

30

Dos días después, alguien fue a las oficinas del sheriff a declarar.

Mientras, esos dos días Sean había estado leyendo el libro del caso de las mujeres de cabello azul y observado hasta la saciedad aquellas malditas fotografías.

David. El de la colina le había pegado una paliza a Melissa y después le había hecho el amor hasta que consiguió que ella llegara al orgasmo, con un ojo amoratado y un dolor punzante como si le hubieran clavado un clavo en ese mismo sitio hasta el cerebro.

Y en Boston no encontraron huellas en los tres penes, ya que habían sido limpiados meticulosamente y a nadie se le había perdido las pelotas por la calle.

Ni en el cementerio.

En dos días habían muerto, en todo el estado de Maine, 873 ancianos, 23 jóvenes en accidente, 12 mujeres y 1 gato aplastado por las ruedas de un camión.

El gato fue embalsamado por orden del pequeño Chris, de cuatro años, en el mismo estado en que había quedado. Como la suela de un zapato.

31

—Apenas pude ver nada. Era como un fantasma. Creo que llevaba uno de esos chubasqueros que utilizan los pescadores. —El anciano con barba espesa y macilenta tenía desencajados los ojos. Masticaba tabaco y de vez en cuando sonaba una rana dentro de su garganta. Estaba sentado en una silla incómoda y flotaba dentro de su anorak verde, que parecía un globo.

—¿Y dice que estaba con esa mujer? ¿Es así? —Burt no fumaba en esos momentos ni antes; ni mascaba tabaco, pero su voz era como la tela de un saco de pienso para las vacas.

—Sí, claro —acució el anciano delgado—. La mujer estaba siendo arrastrada por aquello que había bajo la tormenta. Pero es curioso que no estuviera gritando.

—¿Vio algún tipo de vehículo al lado?

—No.

—¿Miró bien a su alrededor?

—Pues claro que lo hice —terció el hombre. Le dolían las almorranas en esa jodida silla, así que se puso más cómodo.

—Entonces, ¿solo caminaban por la carretera?

El hombre hizo un ademán.

—Correcto. Así es.

—¿Y usted qué hacía por allí esa noche?

—Bueno, lo que todo el mundo hace en una noche de tormenta.

Burt enarcó las cejas y puso su sombrero de fieltro sobre la mesa desordenada.

—¿Qué hace todo el mundo, en medio de una tormenta, después de las nueve?

—Pues buscar caracoles —prorrumpió el hombre. Estaba algo nervioso, porque creía que eso era algo ilegal—. Los puñeteros solo salen cuando llueve.

—Bueno. Esa es una opción. No tiemble tanto. De momento no está penalizado por la ley.

Burt sonrió como un Joker.

El anorak del anciano pareció de repente querer elevarse hacia el techo, con un minúsculo cuerpo reumático y formado solo de huesos a flor de piel.

—Oh, ahora estoy más tranquilo. —Sonrió.

—¿La vio con un vestido?

—Sí. —El anciano dudó un poco y añadió—: Sí. Llevaba un vestido, pero no sabría decirle de qué color era.

—¿Y no vio nada más?

El hombre menó la cabeza, en sentido de noes.

—No, pero hay algo raro en todo esto.

—¿El qué?

—Pues que escuché una voz que me decía: *Viejo, no te acerques o te meto la polla en la boca.*

Burt se echó para atrás con el ruidoso sillón, que impactó con la pared de atrás.

—¿Lo dijo el posible asesino?

—No. Simplemente lo escuché en mi cabeza. Retumbaba como un recuerdo al que estás arraigado por el dolor. Entonces hablas tú solo. Pues pareció que sucedió algo similar. Escuché eso y algo más dentro de mi cabeza. —El dedo del anciano hacía presión en su sien derecha. Tenía el cabello blanco y aplastado por el agua.

Y Burt abrió más los ojos.

Se quedó desconcertado.

Sean acudió una vez más al cementerio, porque había escuchado una voz que le decía:

*«Ven, Coñingan. Ven al cementerio y me encontrarás. Aquel chalado del que tanto hablas en tus noches solitarias no es nada comparado a mí. Sé lo que necesitas. Un perturbado como yo que te ponga a prueba por última vez en tu puta vida, oh, sí, jaja...»*

Ese atardecer el cielo estaba casi despejado, por lo que vislumbró la tortilla ensangrentada sobre los árboles de la montaña más alta del mundo. Todos dicen lo mismo y ya era tedioso rebuscar en las palabras más definiciones para describir el final del trabajo del sol. Sean ni pensó en ello. Se limitó a mirar menos de un tercio de segundo y abrió la puerta de forja que chirrió como el gato que deambulaba por el cementerio. Tan desgarrador como ese maullido lleno de tristeza y, quizá, dolor.

—Vamos. Sal de una vez por todas, cabrón —ladró nada más entrar en el campo santo. Caminaba lentamente, o mejor dicho, lenta y oficiosamente, como si fuera dar uno pasitos de danza—. Ya que te atreves a hablarme a mí directamente sin dar la cara, hazlo ahora. Aquí estoy.

Y no es que creyera en ciertas cosas. Esas voces. Pero no creía que estuviera chalado. No de momento. El puro estaba, ahora, como curiosidad, en el fondo del bolsillo de su gabardina, que se arrastraba como un cepillo sobre el musgo.

Se adentró hasta donde el gato lo recibió sobre una gran cruz mohosa. Le estaba mirando con sus patas bien juntas y haciéndose las uñas. Ambos se miraron. Ahora era todo silencio, y aquella mancha sangrienta se había oscurecido como la sangre seca. El cielo había comenzado a estancarse como una tapadera y se avivó el viento, que aunque soplaba del Este, es decir, suave, no pasó desapercibido para el detective.

—¿A qué esperas para salir de tu escondrijo? Sé que estás aquí. Me lo has dicho. Me lo has dicho, maldita sea. —Apretó los dientes y cerró un puño que derivó toda la sangre hacia la muñeca—. Me lo has dicho.

«Coñingan, aquí estoy»

Escuchó la voz de nuevo. Era como una extraña sensación de haber perdido la cordura y a la vez, de estar sometido a las populares pesadillas de una mala noche. Pero no fue ninguna de las dos cosas.

La voz era real.

Giró sobre su cintura de derecha a izquierda manteniendo los ojos bien abiertos. Estaba sudando. Y no. No vio a nadie.

33

—Vámonos al sótano, cariño —ordenó David con una sombría sonrisa en sus labios.

Ella se echó a temblar.

Nunca lo había visto de esa manera.

—¿Qué te pasa, David? —atinó a preguntar con voz trémula. Tenía las manos cerca de su propia cara y le temblaban hasta los dedos.

El estaba desnudo, excepto unas bragas rojas con unas ligas que rodeaban su cintura como la estola el cuello de un cura. Tenía los labios manchados —porque aquello no era un maquillaje, sino una guarrada— de rojo. Un tizne que había sido arrastrado por el agua de la ducha hasta las orejas. Sus ojos, además de estar inyectados en sangre, los tenía perfilados.

—¿David? ¿Quién es? Soy Ketí.

—No. No. ¡Noooo!

Al final gritó y el estrangulado sonido rebotó en todas las paredes del salón como una pelota de beisbol.

—¿No te gusto así? Podremos hacer el amor de otra forma... —Se detuvo un momento haciendo ver que pensaba en algo interesante y prosiguió—. Quizá te resulte algo más placentero. Pero primero te daré un baño. Te he preparado una piscina con agua allí abajo. ¿No sabías que había una piscina vieja? También había un jodido grifo. —Se echó a reír con una carcajada desquiciada—. Te llenaré los pulmones de agua justo en el momento de la penetración, que es cuando los músculos de la vagina se tensan. ¿Te gusta la idea?

Melissa, sin pensárselo dos veces, corrió hacia la puerta de salida, pero se encontró con que estaba cerrada con llave. La forzó. La atrajo hacia sí con todas sus fuerzas y la pateó sin obtener ningún resultado, más que miedo plasmado en su rostro. El sudor parecía que se hubiese

untado de aceite y su temperatura comenzó a subir, justo a tiempo para freírse como unos huevos estrellados.

—¡Quiero salir! ¡Estás loco! ¡¡¡Nooooo!!!

De repente, empezó a sonar «*Je t'aime*» a gran volumen. El salón estaba cerca de la puerta de salida, solo intercalado por un espacio de un metro de pasillo, y pareció tan intenso el volumen que la casa iba a estallar por una onda expansiva producida por una voz rasgada y el bajo de las baterías. “La música amansaba las fieras”, decían todos en Chamberlate y en cualquier parte del mundo, pero Melissa entró en pánico.

Y entonces, sucedió una cosa que no esperaba.

34

—Soy Rena, y llamo porque creo que los vecinos de la casa de la colina... Bueno, creo que está pasando algo extraño.

Y la mujer con voz ululante colgó el teléfono.

—Pues no te jode que me ha colgado la vieja zorra —bramó Alan y se quedó mirando el teléfono como si allí hubiera algo interesante que ver.

—¿Qué pasa? —preguntó Burt. Estaba dando círculos y bordeando las mesas de sus hombres.

—La chochona de Rena. La vieja que vive al pie de la casa de la colina de los Hopper, dice que cree que sucede algo allí.

—Pues claro que pasa algo. Siempre suceden cosas en esa casa desde que su anterior inquilino apareciera colgado de una viga —refunfuñó el sheriff. Esta vez sus dedos apretaban una taza humeante de café. Y dicho humo parecía ensuciar el aire.

—Mejor ni nos presentamos, señor —dijo Alan volviendo la mirada a la pantalla del ordenador. Estaba jugando al Póker en uno de esos famosos portales que saben vaciarte los bolsillos y los de tu mujer.

—No. Mejor será que vayas tú y el inútil de mi ayudante.

Harris levantó la vista de su mesa.

En el trasiego del aire caliente de la calefacción se coló una risilla tonta de total mezquindad.

35

Él era ella.

—¿Qué te sucede ahora, David? —preguntó Melissa con arrogancia. Un dedo le estaba arañando el cuello, y a él no es que no le importara ya, sino que estaba hastiado de tanta tortura que había estado recibiendo desde que el feliz matrimonio con su perro Dan, que nunca existió en el primer plano de la realidad, se instalaran en la vieja casa de la colina.

Esa casa que todos señalaban desde hacía más de cien años, cuando, por culpa de algo monstruoso que se instaló allí, desaparecieron casi todos los niños de Chamberlate.

—Melissa, ya no puedo más —suplicó él mientras sufría los desgarres de las cuerdas en su perforada piel sangrante.

—Sabes que no me llamo Melissa, sino Ketí, imbécil —terció ella y se llevó la mano a los labios.

—¡¡¡No eres Ketiiiiiii!!!

Y el grito subió por las escaleras desde el sótano como una marabunta de insectos trepando por las paredes y enredándose en su rugosa superficie.

Así, llevaba ya varios meses.

Tortura tras tortura, mientras sonaba retumbante «*Je t'aime*».

Sí.

«*Je t'aime*»

Todavía no había cambiado de lugar aquellas malditas fotografías, no esa noche. Ceñudo, se limitó a observarlas una vez más; y, sin ninguna copa de vino que soportar en su mano derecha, se vio abocado a relajarse y olvidar por un instante. Su médico le había dicho que se relajara. Que no somatizara las cosas. Que viviera el presente como si no hubiera un mañana. Miró en derredor dentro del perímetro de la penumbra; y mientras el incesante goteo de la lluvia lloraba allá fuera, dentro se propuso a encenderse un puro que le daría hasta calor.

*«Estás perdido, Coñingan. Eres un jodido viejo que ya no sirve para nada. Al menos, un mueble rústico tiene valor. Tu propia mierda tiene valor, y tus recuerdos. Pero tú no, cabrón».*

Esa maldita voz le volvió a taladrar los sesos y, con el corazón desaforado, empezó a



preocuparse.

—Me estoy haciendo viejo. Eso es todo. Muy viejo —susurró a la ventana, y el puro no se encendió—. En el cementerio no hay nada. No hay nadie. ¿Es el alzhéimer el que permite escuchar esta voz?

Y la ventana protestó con un tintineo de copas o algo parecido.

37

Harris había ido de copiloto con unas ridículas gafas de sol en medio de la noche y la tormenta. Dentro del coche patrulla se sentían atacados por cientos de personas invisibles que les lanzaban piedras. Alan le dijo algo al respecto:

—Joder, cómo suena esto.

—Es una jodida lata vieja.

—Claro, y también hace sol.

Harris le clavó la mirada mientras se bajaba las gafas al borde de la punta de su nariz.

—¿Alguien te ha dicho que eres un perfecto capullo?

Alan, quien no quitaba ojo a la carretera que llevaba a la casa de los Hopper, estalló en una carcajada casi histérica.

Harris resopló tirando las gafas en la guantera, en un estrepitoso ruido. Siguieron rumbo hacia la cima de la colina entre el barro y el agua, y, a medida que se acercaban, la casa se hacía más grande, sí. Pero era oscura, y no brillaba ninguna luz en su interior. Aparcaron en la explanada de la entrada y Alan puso las luces largas.

Tanto las puertas como las ventanas seguían tapiadas, y la madre naturaleza había devorado todo rastro de madera con su trepante lengua verde.

—¿No había sido reformada? —preguntó Alan.

—En el censo no hay nadie inscrito aquí —respondió Harris.

Ambos se miraron dubitativos.

Y un trueno como la explosión del motor de un avión les despertó del letargo.

Después, vino la luz cegadora.

38

—Nunca has servido para nada, David —dijo ella. Estaba en ropa interior. Un juego de bragas y sujetador de color beige, pero toda la superficie de su cuerpo brillaba como un cerdo desangrado en una matanza.

Hasta su cabello rubio era rojo.

—Por favor. Esto es una locura.

—¿De veras?

—Yo nunca te fui infiel, cariño —lloró él. Seguía intentando desatarse de la silla. Su piel le quemaba y sentía como una viscosidad en sus heridas.

—Pero si te las comías con los ojos —exclamó ella. Sus azulados ojos se volvieron rojos. Abyectos y llenos de locura.

—Melissa. Volvamos al principio. Cuando nos enamoramos...

—¡Que me llamo Ketí! —gritó ella. En su mano tenía un cuchillo de grandes proporciones que el cual había empezado a hacerle pequeños cortes en todo el cuerpo para poner un poco de sal en las heridas abiertas.

—No eres Ketí. Ni tienes ningún perro que se llame Dan. Te has vuelto loca. Debiste ir a tu cita con la psiquiatra...

—¡La cita era tuya! —gritó ella de nuevo y alzó la mano con el cuchillo por encima del hombro.

La bombilla parecía un péndulo en el centro del sótano, arrojando una luz amarillenta como las velas en —nunca mejor dicho— una noche de tormenta.

—¿Por qué has matado a esas mujeres?

—Porque eran tus amantes.

—Sabes que no. Yo no he salido de casa desde que nos mudamos.

—Las perseguías. Fingías estar soltero y después las tirabas en los charcos de agua.

—Eso no es verdad. Eras tú la que salías cada tarde. Incluso una de las veces que planchabas vi sangre en una de tus camisas.

—Era tu jodida camisa, David. Era tuya.

—¿Y de quién eran esos genitales?

—Los robé en el cementerio, pero, a la siguiente, le coseré tu propio pene y tus testículos. Eso tenlo por seguro.

—No, por favor, no.

David empezó a sudar más de lo que sangraba y no, no escucharon ningún ruido de motor fuera de la casa.

39

—¡Es ella! —exclamó Sean saltando del sofá hasta ponerse de pie como si hubiera sido impulsado por un gigantesco muelle. El puro cayó al suelo y siguió humeando. La enredadera grisácea trepó por su pierna.

Se agachó, no sin quejarse; cogió el puro, se lo llevó a la boca, salió de la casa y caminó hacia su coche.

Poniendo rumbo al cementerio.

40

—Bravo, te felicito —y aplaudió bajo la lluvia ante la atenta mirada del gato del cementerio.

—No me des tantas palmadas, mujer, que te podrías dislocar alguna muñeca.

—Siempre tan gruñón e inquietante, ¿verdad? ¿Qué pasó con Andrew?

—Murió, cabrona. Después de aquel loco y ese complejo caso de un pirado, en el que solo dejaba su marca como el cabello azul con todas sus víctimas, dejó que pasara el tiempo y un infarto se lo llevó a la mierda.

Era el segundo puro que tenía entre sus labios desde que había salido de casa.

*«Vamos, Sean. No seas capullo y cuéntame la verdad. Dime que se suicidó. Como todos los locos».*

—Qué pena —dijo la mujer rubia. Estaba flotando dentro de un chándal negro, totalmente empapada.

—¿Así que la de la voz eres tú? Y yo que creía que era un hombre. Podrías haber puesto esta voz angelical que tienes. Tu voz apesta a podrido. La que haces que escuche en mi mente. — Sean estaba tan imperturbable como enigmático. Quieto como una de las cruces que había en el cementerio. Dejando pasar los segundos, los minutos y poco más.

—¿Sabías que Andrew era hermano mío?

Sean no se dislocó el cuello porque siguió detenido en el tiempo. Sin blandirse.

—Y yo que seguía guardando esa jodidas fotos. Creía que era mi hermanastro.

—Y lo era, pero es hermano mío por parte de madre.

—¡Vaya! Me gusta esta conversación.

—Tu hermano era el pirado ese del cabello azul —aseguró ella.

Ambos estaban uno frente al otro como un par de boxeadores dentro del ring esperando el desgañitado pito del árbitro, mientras sus seguidores jaleaban la muerte.

—¡Coño! No sé si reírme o meterme el puro por el culo.

—Mejor lo segundo.

El cielo empezó a gruñir.

—¿Y no serás tú también mi hermana?

—No. Claro que no —rio ella por encima del aguacero.

—Dime una cosa. —Sean bajó la cabeza para mirar sus zapatos mientras rumiaba—. ¿Qué llevas en los bolsillos del pantalón?

—Los genitales de mi esposo David Harring.

—¿Harring? Creo que te equivocas.

Ella empezó a reírse de forma nerviosa.

—El estúpido de mi esposo, al cual le debo mi apellido de casada, se ha tirado fuera de nuestro matrimonio a tres zorras, y a mí ni me tocaba.

—Enséñame los genitales. Quiero verlos.

Los ojos de ella mostraron un abismo de sorpresa. Sacó las manos de los bolsillos del pantalón de chándal.

—¿Los estás viendo?

—Sí. ¿Son de David Harring?

—Por supuesto.

—Pues muy dotado no estaría, porque...

—¿¡Porque qué!? —le interrumpió con voz ululante mientras sentía como el sudor de su frente se mezclaba con las gotas de la lluvia.

—Pues que es un palo y dos bolas de cristal.

—¿Qué?

—Obsérvalos bien.

Y Sean tragó humo hasta inflarse como un globo, mientras parecía sonreír por el rictus.

—¡Dios santo!

—Sí. Pero no has nombrado a Dios cuando mataste a esas tres pobres mujeres. David nunca ha existido.

—Yo soy Ketí...

—Como si quieres ser Lolita —le zanjó él esta vez.

La mujer dejó caer los objetos al suelo y estos se hundieron en el lodo. Se miró las manos y, horrorizada su mente, explotó en un paradigma de misterios ocultos sin resolver en la mente de una psicópata.

—No. No puede ser.

Estaba muy nervioso y retrocedió hasta donde estaba el gato, a la altura de sus hombros, subido en una cruz mohosa.

—Nunca dije nada a nadie, pero esta vez sí. Ya he puesto en sobreaviso al sheriff. Te están esperando. No he venido solo.

Y detrás de una lapidas surgieron cuatro rostros negruzcos.

Burt, por delante. Estaba sonriendo.

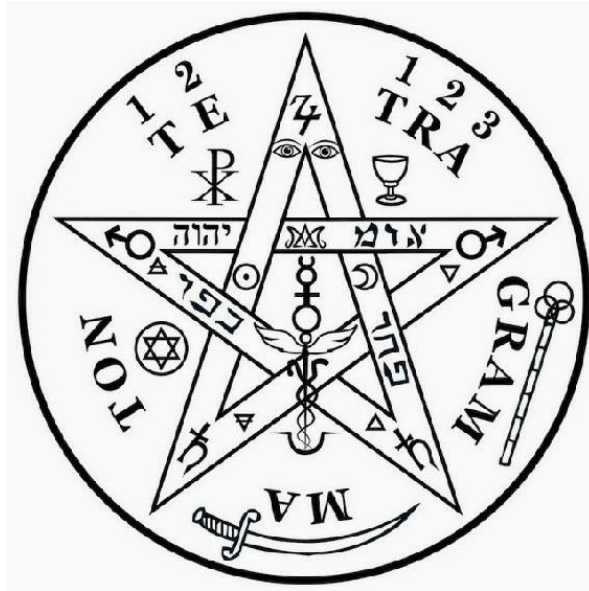
Una semana después había guardado todas aquellas fotografías y ahora tenía sobre la mesa las que mostraban a las tres mujeres con los genitales de un hombre cosidos sobre los suyos propios. No dejó de cabecear un instante.

Y mientras encendía el primer puro de esa mañana en la que lucía el sol, el ronroneo subió como una vibración por su pie derecho. Él lo miró. Aquellos ojos verduzcos también.

Aquella noche se había llevado al gato a vivir a su casa.

—Si a mi me llaman Coñingan, ella se llamará por siempre AGUA —le susurró a Dan, el nombre del gato.

FIN



## Biografía del autor

Crecí y empecé a escribir influenciado por el maestro del terror y el drama, Stephen King. Soy el autor de la biografía de su primera etapa como escritor. Además, he escrito una antología basada en la caja que encontró la cual pertenecía a su padre que era también escritor. Ahora escribo antologías y novelas de terror, suspenses y thrillers. En Amazon ya he publicado "Los inicios de Stephen King", "La caja de Stephen King", "La historia de Tom" la saga de zombis "Infectados", "Miedo en la medianoche", "Toda la vida a tu lado", "Arnie", "Cementerio de Camiones", "Siete libros, Siete pecados", "La casa de Bonmati", "El vigilante del Castillo", "El Sanatorio de Murcia", "El frío invierno", "Otoño lluvioso", "La primavera de Ann", "Ojos que no se abren", "Crímenes en verano", "Mi lienzo es tu muerte", "El hombre del láudano", "Aquel frío invierno", "Fin de cordura", "Pido perdón", "Solemn La Hora", "La mujer del Secreto", "El hombre que caminaba solo", "El asesino del año Boreal", "Lifey", Una cura" y "Confidencias de un Dios". Pero no serán las únicas que pretendo publicar este año. Hay más años. Muchos más.

---

☒ Último tramo del colon o intestino grueso, justo antes de comenzar el recto, con el que se continúa.